

LOUIS HAYWARD
KAY SUTTON



Sombras de

NUEVA-YORK



SOMBRAS DE NUEVA YORK

BOBROS DE NEVA FORA

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseje de la Paz, 10 bis - Teléfono 10841 - Barcelona

SOMBRAS DE NUEVA YORK

Asunto policíaco de extraordinaria intriga y emoción

Dirección de

REN HOLMES

Distribución

FILMOFONO, S. A.



PRINCIPALES INTÉRPRETES

**LUIS HAYWARD
KAY SUTTON**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

Sombras de Nueva York

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

ENTRA "EL RAYO"

Una oleada de crímenes aterrorizaba la inmensa ciudad de Nueva York. Se podían contar con los dedos los días en que los "gangsters" no realizaban alguna de sus sangui-narias proezas, en medio de la alarma de los ciudadanos, la protesta de la Prensa y la ira impotente de la Policía.

No quiere esto decir que esta última no realizara improbables esfuerzos por contener los desmanes. Unicamente que, a pesar de ellos, los forajidos campaban por sus respetos, burlándose de la justicia. La Policía trabajaba en vano y muchos de sus mejores hombres cayeron asesinados traídoramente por

una bala disparada desde un lugar ignorado.

Por consiguiente, el malestar aumentaba. El vaso lleno hasta los bordes rebosó con la muerte del teniente Martin, que pereció al estallar una bomba, y su atentado motivó la presencia y las acerbas recriminaciones, soportadas estolidamente por el comisario de la ciudad, de la Comisión ciudadana para la eliminación de la delincuencia.

Después de escuchar con una cortés sonrisa los irritados discursos de los componentes de la Comisión, el comisario contempló sucesivamente los rostros de los tres

hombres que tenía delante. Valcross, el que llevaba la voz cantante, era un hombre de edad mediana, de aspecto distinguido, de gran inteligencia, en tanto que sus colegas no se hubieran señalado entre un millar de personas.

—Estoy de acuerdo con ustedes. La situación actual es la peor que he conocido a lo largo de mi carrera—el comisario pulsó un timbre y habló al zumbador—: Que venga el doctor Fernack, por favor... Quiero presentarles a un hombre que les explicará bien lo que ocurre. El doctor Fernack no es un teórico. Sabe cuál es nuestro problema.

Se abrió la puerta y un hombre, en el que sólo su sombrero hongo denotaba su oficio, penetró en la estancia, saludando al comisario con alguna impaciencia.

—Adelante, inspector. Supongo que conocerá a estos señores.

Los agudos ojos de Fernack recorrieron los adustos semblantes de los comisionados, acomodados en unas butacas, con manifiesta hostilidad, antes de afirmar, con mal disimulada ira:

—Claro. He visto su fotografía en los diarios. Comisión ciudadana para la eliminación de la delincuencia.

—No me agrada su tono, inspector—protestó Steven—. Esta Comi-

sión intenta hacer aquello en que la Policía parece que fracasa.

—Profesor Stevens, hace casi veinte años que soy policía—anunció frunciendo el entrecejo—. He visto muchas comisiones como ésta, pero ninguna dura, y la Policía subsiste.

—De acuerdo, inspector—terció el segundo comisionado, llamado Marlow—. Pero los delitos no cesan: robos, secuestros, asesinan a vuestros propios hombres... ¿Qué hacemos?

Fernack se paseó por la habitación y se puso el hongo, indicando que para él era estéril aquella conversación. Su rabia crecía.

—La Policía ya ha hecho todo lo que podía hacer.

—¿Qué?

—Detener al asesino, Jake Irboll.

Los comisionados lanzaron una exclamación de sorpresa, que, en vez de halagar al inspector, le pusieron en movimiento, reanudando su agitado deambular por el despacho hasta que se detuvo ante el comisario.

—Estaba esperando para decirsele a usted... Está abajo.

—Bien—aprobó el comisario.

Mitigada la maravilla de los comisionados, el inspector se encaró con ellos. Sabía lo que pasaba por

su mente. El problema, según ellos, quedaba resuelto con una mera detención. Decidido a darles una lección práctica, les habló con seco acento:

—Dos horas después del asesinato de Jeff Martin tenía a Jake Irboll bajo llave. Pero apuesto—gritó dando un puñetazo en la mesa—a que dentro de un mes está en la calle absuelto. No culpen a la Policía... Es lo que sucede después de las detenciones.

—Sí, pero si ustedes... —comenzó un comisionado.

Fernack le cortó con un ademán violento, despreciativo.

—Lo que ocurre se debe a un puñado de maleantes que tiene influencia. Si envía... —enumeró el inspector — a Jake Irboll, Morrie Yule, Hutch Rellin, Boots Papi-noff y toda su cuadrilla donde merecen, se acabó esa delincuencia.

Valcross se sorprendió de la afirmación del inspector y medio se incorporó de su asiento, con patente avidez en la protesta:

—¿Pero si a todos esos los han detenido!

—Sí, y a algunos hasta dos y tres veces... y, sin embargo, todos andan libres por las calles de la ciudad.

—¿Y por qué? ¿Es que la Policía...?—gruñó Marlowe.

Fernack le cortó nuevamente. Respondió como si hablara consigo mismo y acusara a una inefable cohorte de traidores, de la que formarían parte los comisionados.

—¿Por qué?... Porque hay ciertos abogados, porque no hay testigos al celebrar los juicios, porque se apianan las vistas más de una docena de veces. Es inútil... Buenas tardes.

Sin decir más, se asestó el sombrero contra la coronilla y salió del despacho sin pedir permiso, dando un portazo que les sobrecogió como al fuera la trompeta del Juicio Final.

El comisario permitió que lo expresado por su subordinado entrara bien en sus cerebros y fuera asimilado debidamente. Después, rompió el silencio, extendiendo las manos sobre el escritorio en un gesto explicativo.

—Ahí tienen... Detener al criminal es sólo el comienzo.

Valcross, que parecía contagiado del pesimismo general, sacudiólo de sobre sí y de repente anunció, tan inesperadamente que los demás se sobresaltaron, con una voz de inmenso convencimiento:

—Señores, necesitamos un Robin Hood.

Por de pronto pensaron que el anormal comportamiento del ins-

pector se le había contagiado. Las exclamaciones se sucedieron con la rapidez de los disparos de una ametralladora.

—¿Cómo?

—¿Qué dice?

—¿Un Robin Hood?

Valcross unió las puntas de sus dedos y se recostó en el sillón, observándoles con la divertida expresión del prestidigitador que va a sacar un conejo de un calcetín roto. Después se dirigió al comisario, no menos estupefacto que sus acompañantes.

—Señor comisario, ¿usted ha oído hablar de Simon Templar, "El Rayo"?

El comisario meneó la cabeza, posando la mano sobre un montón de papeles situado en una esquina de la mesa.

—¿"El Rayo"?... ¿Qué policía no oyó hablar de él? Ayer recibí informes procedentes del Scotland Yard... que salió de Inglaterra con destino desconocido. Pero creo que no irá a proponernos que...

—Es un peligroso criminal — apoyó Marlowe a sus dudas.

Valcross sonrióse de su espanto, trazando un gesto vago en el aire.

—Me permito dudarle. He estu-

diado los casos en que intervino "El Rayo" y, a pesar de su diferencia, las víctimas eran siempre malhechores.

—No sólo malhechores, sino que en cinco casos que conozco eran criminales a los que la Policía no lograba detener—dijo el comisario.

—Si condenasen a unos cuantos, cesaría esta delincuencia—completó Valcross su pensamiento.

El comisario apretó los labios, titubeando antes de dar su parecer:

—Es una idea... una idea arriesgada.

—Y aun suponiendo que la aceptara el comisario, ¿cómo íbamos a encontrar a ese... ese "Rayo"?— Preguntó Marlowe.

La idea de Valcross había medrado. Todos esperaron su contestación con anhelo. Encogiéndose de hombros, aseguró:

—De eso me ocuparía yo, con mucho gusto... si el comisario me lo permite.

Los tres comisionados se volvieron expectantes hacia el jefe de la Policía. Este meditó unos segundos, escudriñó sus caras...

Y, por último, inclinó la cabeza, accediendo.

* * *

Pronto Valcross se percató de que se había comprometido a una empresa más que difícil. Después de surcar el Atlántico y pisar Europa, empezaron las dificultades. "El Rayo" era un ser escurridizo e imposible de localizar. No porque faltaran indicios de sus pasos, ya que las huellas eran abundantes en todas las naciones, sino porque, como si adivinara la búsqueda del comisionado, cuando éste le creía a sus alcances, resultaba que su misteriosa persona había desaparecido el día, la semana o el mes anterior a su llegada.

Así comenzó una peregrinación que duró dos meses. Su primera diligencia fué ponerse en contacto con la Policía francesa. El mismo prefecto le atendió. Sí, habían oído hablar de "El Rayo" e, incluso, le habían detenido, pero como el aventurero le había hecho un favor inapreciable, no lamentaba su fuga de la cárcel.

Un billetito, firmado por un monigote inverosímil, ridículo, fué estudiado por Valcross. El humorismo de "El Rayo" había dejado una muestra, asegurando que el coñac francés ya no era tan excelente como antaño.

Parecido a este billetito, encontró una nota con idéntico monigote esperándole en la Jefatura de la Policía de Berlín. El oficial que le atendió, dió iguales muestras de admiración. El aventurero había desorganizado una banda completa de ladrones de diamantes.

Nación tras nación recorrió Valcross. Finalmente, se vió cruzando de nuevo el océano, aunque esta vez en avión, sin que su tenacidad se resentiera de las contrariedades que soportaba. Y más decidido que nunca, puso el pie en la pequeña república americana de San Mario.

Por fin, puesto al habla con el jefe de la Policía, halló un rastro más reciente con la esperanza del enamorado que regresa junto a su amada. Lanzó un suspiro de alivio al oír decir a su interlocutor:

—Señor Valcross, tengo razones para creer que nuestro amigo "El Rayo" debe estar en Costa Grande.

—¿Pero no tuvo algo que ver en esta última revolución?

—¿Algo que ver?—rióse el funcionario—. No... ¡La organizó él!

Valcross relajó sus fatigados músculos y le acompañó en sus carcajadas.

* * *

En cuanto estuvo en Costa Grande, separado de "El Rayo" por un velador cargado de copas, botellas y heladoras, el comisionado comprendió que se había formado una idea errónea del aventurero.

Esperaba encontrar a un personaje malencarado, de cara granujienta y musculatura excepcional... En realidad, tenía delante a un joven de unos treinta años, vestido de blanco con tanta elegancia como si acabara de salir del sastre, esbelto y ancho de hombros, de ojos azules y acorados, que prestaba, al parecer, más atención a una cancioncilla de una música ambulante que a la importante proposición que tenía en los labios...

En resumen, era un personaje de humor, presencia y sonrisa desconcertantes.

—Me ha costado mucho trabajo encontrarle, señor Templar. Hace casi dos meses que vengo siguiéndolo.

"El Rayo" esperó a que el camarero se hubiera marchado antes

de responder. Y a medida que iba hablando, mezclaba el contenido de diversas botellas en un vaso, que luego le ofreció.

—Entonces, beba algo. Debe usted tener sed. Este ponche de por aquí no está mal. Claro que hay que saber resistirlo... ¿Le agrada Costa Grande, señor Valcross?

Este comprendió que su peregrinación no había causado el menor efecto al aventurero. Aceptó el vaso, pero no bebió.

—No vine a ver la ciudad... Vine a verle a usted.

—Costa Grande es magnífica. Puede haber una revolución de un momento a otro—soslayó "El Rayo", aunque mirándole con fijeza.

—Señor Templar, dígame, ¿qué es lo que encuentra usted que sea tan interesante en las... revoluciones?

Templar se echó el sombrero hacia la coronilla, lo que le dio aspecto de lo que efectivamente era: un filibustero de la vida, alegre y despreocupado. La pregunta, tan

directa, de Valcross le sumió en una meditación de la que salió sonriente como un buzo con una perla.

—No sé... Quizá sea porque me gusta la aventura. Puede también ser porque adoro todo lo que significa peligro y lucha.

Valcross hizo tintinear el hielo contra el cristal antes de decir:

—Pues si le gusta el peligro, creo que tengo lo que le hace falta. Mi ciudad está asolada por una plaga que acabará destruyéndola. He venido a pedirle a usted ayuda.

En seguida comprendió que bajo la aparente indiferencia de Templar bullía la expectación, a pesar de sus esfuerzos. Sus ojos se hicieron más agudos, al inclinarse sobre la mesa hacia él.

—Hombre... me han llamado para muchas cosas, nunca para eso, aunque tengo que reconocer que en mi especialidad... soy un hombre científico.

La modestia no era su fuerte. Valcross dirigió esta nueva faceta de su desconcertante personalidad con tanta impasibilidad como era permitida a un hombre que ha recorrido dos continentes en busca de una especie de ave fénix.

—Tanto mejor. La plaga de que hablo es el crimen. Delincuencia sin freno y de la más peligrosa que puede imaginarse.

—Me está tentando, señor Valcross, aunque una revolución es muy divertida.

—Pero menos peligrosa, señor Templar. Tendría que luchar usted solo contra los hombres más peligrosos que existen. Sólo usted puede hacer que termine su carrera criminal.

De nuevo, Templar se zambulló en la habitación. Sus ojos relampagueaban ávidos, gorosos, al preguntar:

—Podría ser divertido. ¿Y recompensa?

—La gratitud de una ciudad.

Templar se dejó caer contra el respaldo de su silla.

—Luchó por algo más tangible... aunque me atrae hacer algunas cosas simplemente por altruismo. ¿Y sabe usted quiénes son... los que hay que eliminar?

Valcross, suponiendo ganada la partida, metió los dedos en un bolsillo del chaleco y sacó un papel doblado, que pasó por encima de la mesa.

—Aquí tiene la lista de seis nombres... Creemos que si consigue usted que los condenen se acabó la plaga.

Templar ojeó rápidamente el papel y se lo metió con descuido en un bolsillo de la americana, volviendo a encararse con su vaso.

tras de lo cual tornó sobre el mismo asunto.

—¿Y trabajaría sin que interviniese la Policía en mi técnica?

—El propio comisario le haría jurar que no diría nada. Trabajaría en secreto. Se informaría por mí.

Tantas facilidades eran para enternecer un corazón menos sensible que el suyo. Levantó el vaso y lo apuró con un gesto decisivo, como el general que da orden de romper el fuego al amanecer.

—¿Cuándo sale el avión?

—De aquí a dos horas.

Templar lanzó una moneda hacia el cantante ambulante, que la recogió en el aire.

—Bien... siga con esa canción. Esto pide música. Acabamos de hacer historia. "El Rayo" se pone al lado de la Ley y el orden, amigo.

Aun parecía resonar el rentintín soñoliento de la cancioncilla, cuando el avión que transportaba a los dos aliados voló sobre los primeros rascacielos de Nueva York. Valcross escrutó a su acompañante, que miraba por la ventanilla.

—Es bonito, ¿eh? Hace trescientos años se le compró a los indios por unas cuentas de vidrio.

—Y ahora lo tiene una docena de salvajes... ¿Cuándo se aterriza?

—Con tiempo suficiente para que vea el juicio de Jake Irbóll... El primero que va en la lista.

CAPITULO II

EL TRABAJO EMPIEZA

En la vista de la causa contra Jake Irboll, Nather, su abogado defensor, tenía la palabra y se agitaba con todo el ímpetu compatible con su desmedrado cuerpo y su desagradable voz. Su ancha boca y sus pequeños ojuelos, que chispeaban detrás de las gafas, denotaban la excitación de la victoria.

—Y por tanto, Excelencia, me opongo a nuevos aplazamientos de la causa contra Jake Irboll. Ruego al Tribunal encarecidamente que o se juzgue este caso o se retire la acusación contra mi defendido.

Fernack, acompañado de un corpulento policía, no despegaba sus pupilas del acusado, relamido sujeto, de pelo planchado y vestido de acuerdo con las ideas originales que los del hampa tienen sobre la elegancia. Al oír las palabras del abogado y al presenciar la fanfarronería con que el gangster simulaba inocencia se enfureció:

—Lo de siempre.

El juez demostró por su avinagrada mueca, como si hubiera podido escuchar su exclamación, que compartía sus sentimientos. Se volvió al fiscal y preguntó:

—Señor letrado acusador, ¿puede usted asegurar a este Tribunal que esta causa podrá verse dentro de dos semanas?

—No puedo asegurarlo. Han desaparecido todos los testigos, se han rechazado las declaraciones. No se puede hacer más que buscar nuevas pruebas.

Nather se precipitó hacia el estrado, prorrumpiendo a renglón seguido:

—Pido que sea puesto en libertad el señor Irboll.

El juez se puso en pie y todos le imitaron.

—Dada la falta de pruebas existentes, este Tribunal no puede proceder de ningún modo contra Jake Irboll. Se retira la acusación. Se aplazan las sesiones hasta mañana.

Mientras desaparecía el magistrado, varios hombres de rostro pálido y duro, en donde se leía una vida accidentada y mantenida a fuerza de pólvora, robos y canalladas, rodearon al absuelto, abrumándole a abrazos y felicitaciones, que recibió con cínica sonrisa de agrado.

Fernack sacó un puro y mordió uno de sus extremos con violencia, contemplando cómo el grupo de malhechores se dirigía hacia la salida, en donde estaba el apostado.

—Ahora ya está en disposición de salir por ahí a cazar policías.

—Sí. Debían anunciar: ¡Levantada la veda de policías!—gruñó malhumorado su formidable acompañante.

El grupo pasó por delante de ambos policías. Irboll dejó adelantarse a sus compañeros y se detuvo ante ellos, arrojando su sombrero al aire con burlona expresión, seguro de que sus compinches iban a oír sus palabras, lo cual le satisfacía, porque el gangster sentía cierta inclinación por los golpes teatrales.

—¡Hola, Fernack!... Oiga, envíeme un par de entradas para el baile de la Policía. Una chica que conozco quiere que la lleve.

—Ríete, Irboll. Ahora te toca a

ti, pero yo te aseguro que acabaré contigo.

La amenaza no impresionó al bandido, que siguió su camino hasta reunirse con sus impositibles compañeros. Una vez estuvo junto a ellos, dijo, sin perder la sonrisa y en voz alta:

—¿A que no apuesta a ver si soy yo quien acaba con usted? ¡Adiós, amigo!

Aunque la experiencia había enseñado que el grupo de Irboll no era de los que amenazaba en vano, asimismo, por otra parte, sabía que, el noventa y nueve por ciento de las amenazas que los criminales hacen al entrar en la cárcel o al quedar libres, no se cumplen.

Así, pues, no dió oídas a la voz de la prudencia, se despidió frente a su casa de Bonacci, que se marchó con el automóvil de la Policía, y avanzó hacia su domicilio, deteniéndose a introducir la llave en la cerradura. Otro automóvil se paró suavemente en la acera.

Era Jake Irboll.

El gangster sacó una pistola de la sobaquera y tomó puntería como si estuviera en el tiro del pichón. En el precioso instante en que iba a apretar el gatillo, se escuchó una seca detonación. La portezuela del coche de Irboll se abrió bajo el peso

de su cuerpo, y éste rodó exánime por la calzada.

Al sonar el disparo y al ver caer herido al ocupante del automóvil, los viandantes cerraron un círculo en torno de él, observándole entre curiosos y horrorizados, mas sin atreverse a tocarle. Bonacci apareció rápidamente y se abrió el paso, al mismo tiempo que su jefe y una monja.

Esta última se apoderó de la muñeca de Irboll y le tomó el pulso, despreciando las preguntas del inspector.

—¿Está herido?... Llamen a una ambulancia y... ojalá llegue tarde.

La monja desapareció al oír esto último y el inspector se mordió los labios, arrodillándose junto al herido. Fuera quien fuese, el que había disparado le había salvado la vida y entonces, por consiguiente, una ferviente acción de gracias.

Irboll le miró con ojos de los que desaparecía la vida e hizo un esfuerzo por comprender sus palabras.

—¿Quién ha sido, Jake? ¿Quién te hirió?

—No lo sé... pero no quiero morir.

—Se acabó, muchacho.

Tal fué el anuncio del inspector, pero Irboll ya no le oía. Había muerto. Había perdido su apuesta.

Un guardia de uniforme, ayudado por Bonacci y por el inspector, disolvió a los curiosos. La ambulancia había llegado y los camilleros recogían el cadáver, pero Fernack lo contuvo, apoderándose de un papel sobre el que se cerraba el puño del muerto.

—Un momento, ¿qué es esto?— lo desplegó y leyó—: "De esta justicia no podías escaparte, Jake".

Y el monigote que firmaba el papel era harto conocido por el inspector para que se tomara el trabajo de buscar la firma. Una exclamación explotó en la boca de Bonacci, que había leído sobre su hombro:

—¡Va a haber sorpresa!— profirió el inspector—. Esto es cosa de Simón Templar.

Bonacci se envió el sombrero hacia atrás, abriendo mucho los ojos.

—¡Templari!... ¡"El Rayo" en Nueva York!

Únicamente les faltaba aquello. Que la presa más codiciada por la Policía mundial interviniera en la peligrosa danza.

Templar entró en su departamento del hotel, en donde encontró a Valcross leyendo la edición extraordinaria de la prensa que había originado su presencia en la ciudad. Muy satisfecho, escuchó sus palabras, mientras depositaba en un diván las tocas del hábito que le habían disfrazado.

—Uno menos en la lista para tranquilidad nuestra. Se ha arriesgado usted demasiado dejando esa tarjeta.

—La publicidad es la sangre viva que tiene este país. La gente debe enterarse de mi presencia... Por lo menos, cinco hombres más.

—Sí, pero tenga cuidado—suplicó Valcross.

La juvenil, la desafiadora carga que lanzó Templar tensó sus nervios como si hubiera escuchado un clarín. El joven borró el nombre de Irboll de la lista y avanzó hacia su sombrero, replicando:

—Si hubiese de tener cuidado, me quedaría en casita criando gallinas y llevaría paraguas cuando

llueve. Me divierte ser despreocupado.

La alarma de Valcross creció al presenciar sus preparativos para partir. En efecto, recobrada su elegante prestancia, Templar se encaminaba hacia la puerta.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Verá... cenaré la mejor langosta que han producido los mares, vino blanco, ensalada y café.

—¿Y a la cama?

—Quizá, pero antes quiero darme un paseito por las calles—declamó—: Siempre hay algo hermoso en las calles de Nueva York en una noche así. Esas calles apartadas, donde vive gente tan agradable...

Y el fin de su alabanza se perdió en el pasillo. Como siempre, una teatral desaparición, con el sombrero bien ladeado sobre la sien derecha, había reforzado el efecto de su encantadora vanidad y de su atractivo poder.

A pesar de la vaga y pacífica descripción de sus propósitos,

Templar tenía uno bien definido. En una de aquellas calles mencionadas con entusiasmo, vivía un personaje al que anhelaba ver; precisamente, en una calle mal alumbrada, había una casa retirada y con un tentador jardín, que daba a un callejón sin salida, no vigilado por el guardia que hacía la ronda.

Rápidamente comprobó que así era, se deslizó a lo largo del muro del callejón y salvó su altura de dos metros con la agilidad de un felino. Su caída no despertó ningún ruido; sin embargo, escuchó unos segundos. La ventana más cercana a él estaba iluminada y abierta. Casi se echó a reír.

Sigilosamente, se subió a ella y escudriñó la habitación a través de las cortinas. Nather, el abogado del difunto Jake, estaba muy atareado, contando un grueso fajo de billetes, del que separó un papel, que leyó rápidamente, lo estrujó y lo envió a la papelera. "El Rayo" entró silenciosamente, sobresaltándole:

—El rey contaba sus tesoros... Se me olvidó. Era una canción.

Para ser un hombre tan pequeño, Natcher se portó bastante bien y no le tributó ni grandes protestas ni ágodos gritos. Sólo quiso adelantar la mano hacia un cajón, pero "El Rayo", con la rapidez indicada

por su nombre, desenfundó su arma, diciendo suavemente:

—Está nervioso. Siéntese y descanse, como si fuéramos viejos amigos—y sin perderle de vista, recorrió la habitación, cerrando la puerta con llave.

—¿Qué quiere usted?—tartamudeó Nather, al recobrar la voz.

—Yo juzgo a la gente por lo que no lee y sus libros están polvorientos. Se le habrán olvidado las leyes, señor Nather... ¡Bien!

Esta última aprobación iba dirigida a su gesto de apoderarse de los billetes y guardárselos tranquilamente en el bolsillo. A Nather no le pareció tan de perlas el acto y envalentonado por el movimiento de Templar, que se sentó en el borde de la mesa y dejó la pistola sobre una pierna, desafió:

—¿Se trata de un robo?

—No sea optimista.

—Si no es robo, ¿qué es?

—No dije que no sea robo—arguyó "El Rayo", desconcertándole.

El hombrecillo iba recobrando su sangre fría y empezaba a preguntarse quién era aquel desconocido tan decidido y práctico en sus asuntos. La rabia de la impotencia le empezaba a dominar:

—No podrá salirse con su intento.

—Ya verá— le tranquilizó Templar.

—Ahí hay veinte mil dólares...

—Gracias. Olvídelos usted. He venido aquí a charlar un poquito. Me encontraba tan sólo en esta gran ciudad que quise hablar un rato con alguien. Me llamo Simón Templar. Y acostumbran llamarme "El Rayo". Pregunte a Jake Irboll.

El nombre del muerto produjo efecto. Nather casi se cayó del asiento, al retirarlo precipitadamente detrás de él para extender sus brazos a Templar, que le observaba muy risueño.

—Yo no he hecho nada.

—Claro que no... Solamente intimidar testigos, cuidarse de los que no se dejaban intimidar y defender a un individuo que usted sabía que era culpable.

—No sé de qué me está usted hablando.

—Sí lo sabe... Deme ese trozo de papel que tiró al cesto.

—Cójalo usted... — pero se enmendó inmediatamente—: No, no dispere.

"El Rayo" soltó la pistola, empuñada momentos antes, y se guardó el papel que le ofrecía el abogado, cuya mano temblaba como una hoja.

—¿Qué cosas se le ocurren a us-

ted, señor Nather!—pero fué interrumpido por el timbre del teléfono.

De un salto se puso en pie y corrió a una mesita en donde había otro aparato. La línea estaba libre y él oiría toda la conversación, que, indudablemente, tratándose del abogado, sería interesante. Y ordenó a éste que contestase. Una voz cristalina sonó al otro extremo de la línea.

—Aquí Fay... Dice el jefe que te quedas en casa esta noche.

—Me quedaré — contestó lacónicamente Nather.

Lo cual era adivinar los pensamientos de Templar. Depositaron los aparatos en su sitio y el joven se dirigió muy pensativo hacia él, emocionado, sin saber por qué.

—¡Bonita voz!... Probablemente es morena con los ojos claros—supuso, acertando—. Me gustaría conocerla. ¿Quién es?

—Una cliente mía.

—¿Y su jefe también lo es?

—Yo ya he hablado lo que tenía que hablar—se obstinó el abogado.

—Eso puede que sea verdad... Pero conteste, ¿quién es el jefe?

—Yo no sé nada.

—Es usted desagradable, Nather —dijo dulcemente—. ¿Es usted casado?

—No.

—Entonces no habré una viuda que lo agradezca.

La vida de Nather pendía de un hilo. La pistola de Templar se levantó lentamente, apuntándole a la cabeza. Afortunadamente para el abogado, llamaron en la puerta y el mayordomo le anunció que había llegado el inspector Fernack.

—Dígame que pase—susurró "El Rayo".

—Que entre—ordenó el abogado en voz alta.

Mientras los pasos del mayordomo se alejaban, Templar arrastró un gran sillón hasta la puerta, lo colocó de espaldas a ella y se sentó en él encogiéndose cuanto pudo, tras de lo cual leyó el papel que le había entregado Nather.

—"Aquí está lo tuyo. Gracias. Papinoff"... Ahora diga al inspector que entre y no olvide que desde aquí haría blanco en los botones de su chaleco y... sería una gran lástima.

El inspector penetró en la habitación, rozando el sillón de Templar, muy extrañado del empeño del abogado en cerrarse, por lo cual Simón, amante de la verdad, quiso que ésta reluciera, interviniendo en la conversación con el rostro oculto por el sombrero.

—Cerré yo, inspector. Es una manía. Cierre otra vez, Nather.

—¿Quién es éste?—se sorprendió Fernack, pues lo desconocía.

—No sé. Un loco.

—Inspector, me desilusiona usted, me hiere en mi punto vulnerable, la vanidad. Debía reconocerme. Ya nos vimos.

Las amistades del inspector no pecaban de escogidas e hizo cábalas sobre Templar, mencionando los nombres de distintas prisiones del Estado. Simón meneaba la cabeza muy sonriente; finalmente decidió aclarar su personalidad.

—Nos hemos visto esta misma tarde. Los dos ayudamos al señor Irboll a emprender su viaje a un mundo mejor — concluyó con un café.

—¡"El Rayo"! — exclamó Fernack.

Pero cuando su mano llegó a la pistolera hacia más de dos segundos que Simón le apuntaba con su arma. Se levantó del sillón y se ofreció a sus miradas, despreciando optimista los absurdos temores y maquinaciones del policía.

—Lo siento, pero no me dejó detener. Perdona.

—¿Qué hace usted aquí, señor Templar?—indagó Fernack.

—Tenía... ganas de saber si Nather era amigo de Irboll. Ahora que lo conozco no tengo esa curiosidad — aseguró significativamente.

—Fernack, supongo que no dejará que me insulte así ese loco. Haga algo—gritó Nather.

—Quítele usted el revólver y lo haré.

Templar estaba contento. La semilla germinaba en el cerebro de Fernack. Ya no tenía nada que hacer allí. Así, pues, retrocedió hacia la ventana de espaldas. En cuanto estuvo al pie de ella, alabó:

—Inspector, usted es positivo. Usted y yo somos muy semejantes. Si yo le digo que el señor Nather acaba de recibir un recado diciéndole que el jefe quiere que se quede esta noche, ¿qué diría usted?—Fernack se volvió hacia el abogado— Eso es todo, señores. Ahora les dejo para que hablen. Si son ustedes listos no se asomarán a la ventana en cuanto me haya ido ni empezarán a gritar. Ya le verá, inspector.

Desapareció por la ventana. No era tan ingenuo que se contentara con tan poca cosa. Muy risueño escuchó al pie de ella la conversación, airada y agria, hay que decirlo, que sostuvieron el policía y el abogado así que se hubo ido.

—Ese hombre me agrada mucho—murmuró el inspector—. Vaya... sabe lo que se hace.

—¡Vaya un policía!... Le ha dejado usted escapar.

Fernack se volvió hacia el leguleyo y le zarandeó entre sus poderosas manos en tanto que disparaba sobre él el siguiente discurso, malsonante, aunque enérgico:

—¿Y usted que recibe órdenes del jefe y que defiende a bandidos como Jake Irboll...? Oígame bien. Vine a decirle que lo de Irboll se lo tenía merecido y a usted le pasará igual. Ahora le vigilo a usted, de modo que procure que no tenga que venir a verme, ¿entendido?

El sermón anonadó a Nather. El inspector salió a la calle saboreando su triunfo y puso el coche en marcha. Una sombra brotó de la esquina y se subió en el estribo en el preciso instante en que el coche salía disparado como una saeta. Un segundo más tarde, "El Rayo" se sentaba junto al inspector, decidiéndole a ir al parque, apoyado por la pistola.

—Bueno, Templar, ¿qué quiere?—preguntó el policía sin inmudarse.

—En primer lugar, ¿qué haría usted si dejase el revólver en el asiento?

—Como si no tuviese la obligación de detenerle y llevarle vivo o muerto a la Comisaría más próxima.

La pistola cayó entre ambos con un ruido sordo. Templar y

Fernack congeniaban perfectamente. "El Rayo" miró a su interlocutor con una sonrisa.

—Fernack, sea franco. ¿No cree que a veces la ley, por demasiado celo, no separa lo bueno de lo malo?

—Mi obligación es detener a los que infringen la ley. Si bajase un arcángel del Cielo a curar un leproso y anduviera por el lado de la calle que está prohibido, yo tendría que ponerle una multa—detuvo el coche en un borde del pasco.
—¿Qué se propone?

—¿Trabajamos juntos?

—Le escucharé a usted — dijo.

—¿Quién es el jefe?

Fernack le enteró en pocas palabras de lo concerniente al asunto, pero percatándose de que "El Rayo" estaba así tan enterado como él. El jefe era el "amo" de todos los bandidos y directo responsable de lo que ocurría en la ciudad. Nadie le conocía. Papinoff era el apoderado de Morrie Yule, quien tenía una importante casa de juego, iba siempre en coche blindado y "con un par de pistoleros como niñeras".

—¿Y si yo quisiera ver al señor Yule?

—Hay un establecimiento que se llama "El Club de Plata" en la ca-

lle 49 y hay una chica llamada Fay Edwards.

Con aquello quedaba completado el cuadro y abierto un resquicio por donde poder asaltar el castillo enemigo. Fernack era un buen aliado. Iban a proseguir hablando cuando la radio les interrumpió anunciando que se había visto a los raptos de Viola Throckmorton en una calle determinada y que se requería la presencia de Fernack en Jefatura.

—Le buscan, inspector.

"El Rayo" bajó del coche y se dispuso a alejarse, cuando la voz del inspector le llamó. Allí estaba, ofreciéndole su pistola por el cañón.

—Fernack, hay que reconocer que es usted un caballero. ¡Adiós!

Templar contempló cómo se marchaba y luego llamó a un taxi. Dió la dirección de "El Club de Plata" y a poco charlaba por los codos con el chofer, que no tardó en reconocerle.

—¿Usted es "El Rayo"? He visto su foto en los periódicos de la noche.

—Una foto muy mala. Parezco Tarzán.

—Bueno, no sabe usted lo que me alegra conocerle. Basta que haya usted quitado de en medio a Jake Irboll para que sea mi amigo.

La hostilidad de su tono le sorprendió y a poco de apretar las clavijas supo que el "difunto" le hacía pagar tres dólares semanales para *protegerle*. Por consiguiente, estaba en cuerpo y alma de su parte. En esto, llegaron al club y "El Rayo" pagó generosamente a su admirador, que sacó la cabeza antes de arrancar.

—Oiga... Llámeme al 51098 siempre que quiera.

—¿El 51098?... Me acordaré.

Se había ganado un amigo en

una ciudad enemiga. Aquello era consolador y el mundo está demasiado lleno de sorpresas para que lo lamentase.

Pero pronto se olvidó del taxista. Iba a emprender la conquista de la fortaleza. Aunque sabía que era arriesgado, por una multitud de circunstancias, entre la que sobresalía la de que sus enemigos podían estar al acecho, no retrocedió y bajó alegremente las escaleras.

Tenía prisa. En Sudamérica se estaba fraguando una revolución que reclamaba su presencia.

CAPITULO III

¡ES UN GENIO!

La puerta de "El Club de Plata" estaba provista de una mirilla, cuyo significado era obvio. Templar se echó el sombrero hacia delante y golpeó con los nudillos la madera. Casi instantáneamente, se corrió la mirilla y una nariz de gran tamaño apareció.

—¿Qué desca?

Simón sabía que un par de agudos ojos le atravesaban de parte a parte. No por eso se sintió más nervioso y respondió al punto:

—Me llamo Simón. Me envía Fay.

—Fay no ha llegado aún.

—Esperaré.

—Como quiera.

Y su interlocutor se apresuró a cerrar la mirilla, pero los acerados dedos de Templar la mantuvieron abierta. Estaba dispuesto a entrar y no era hombre que retrocediese ante una nariz de alcachofa. El acento de su voz hubiera hecho obedecer a un Estado Mayor.

—No sea tan brusco. Esperaré ahí dentro. Tomaré algo mientras llega.

—Está bien — dijo el hombre, franqueándole la entrada.

Templar apenas le dirigió una mirada. El local era elegante y amplio, pero estaba semivacío. No se columbraban las mesas de juego. Sin desanimarse, anduvo contoneándose hacia el mostrador, uno de cuyos altos taburetes ocupó solicitando whiskey al barman. Lo bebió de un trago y rompió el fuego.

—Hay poca gente esta noche.

—Sí — respondió sobriamente el camarero.

Era un individuo de mirada huidiza, que evidenciaba que su propietario sospechaba hasta de su propia camisa. Templar no se arredró y habló por el colmillo.

—Me llamo Simón, Simón el As. Acabo de llegar de Detroit.

—¿Sí?—dijo el barmán, frotando con vigor el mostrador.

—He oído decir que aquí se juega bien.

—No sé. Yo no sé nada.

—Oiga, quisiera jugar con Morrie Yule.

—No sé nada... Lo preguntaré.

Observó que se dirigía a una puerta abierta en el mismo tabique en que estaba adosado el bar. Lo que seguiría no le preocupaba; "El Rayo" siempre obraba según la inspiración del momento. Concentró su atención en los cuellos de unas botellas de champán, contra los que envió unas pastas redondas con escaso éxito. Irritado por su torpeza, cogió un grueso puñado y lo levantó... Precisamente, regresó entonces el camarero.

—Morrie Yule no juega esta noche.

—Lástima. Yo creí que jugaba siempre.

—Sí, pero esta noche no. Si quiere jugar puede hacerlo con Papinoff.

—No me gusta jugar con novatos, pero así no me aburriré tanto.

Sin apresurarse llegó a la puerta mencionada. Tranquilamente esperó a que respondieran a su llamada. Otra mirilla fué descorrida y nuevamente se presentó:

—Simón.

La estancia estaba llena de hombres de duras facciones concentradas sobre las cartas. Todos llevaban el sombrero puesto, el chaleco abierto y estaban en mangas de camisa. Calculó que habría unos ocho, muchos más de los que podría vencer. Por consiguiente, ideó una artimaña para alcanzar su fin.

Un hombre grueso y de facciones negroides le dirigió la palabra, haciéndole suponer que sería Papinoff. Detrás de él, con expresión aburrida, estaba un coloso, ocupando un diván en compañía de un individuo delgado y de rostro simiesco.

—Arríme una silla, Simón.

Templar no se lo hizo repetir dos veces. Le aceptaban como a uno de ellos, lo que en parte le agradaba y en parte le contrariaba. Se echó el sombrero a la coronilla y sin referirse a nadie en particular, suspiró:

—Bueno. Espero no aburrirme mucho.

La sonrisa de Papinoff le afectó más, aunque pareciera imposible semejante cosa. Señaló las fichas de diferentes colores que tenía delante:

—Las blancas valen cien, las rojas quinientas y las azules mil. Claro que esto no es Detroit, pero ha-

remos lo que podamos para distraerlo.

—Usted es Papinoff, ¿no?

El hombre inclinó la cabeza, gozoso, al parecer, de serlo. Luego, volvió al juego, del que él tenía la banca y ofreció:

—¿Cuántas quiere?

—Deme unas veinte grandes. De esas azules. Es el color que prefiero.

Murmuraron algunos jugadores su aprobación mientras los ojos de Papinoff relampagueaban de codicia, contando las fichas, que luego empujó hacia el centro de la mesa. Pero cuando Templar las quiso coger su mano se cerró como un cepo sobre su puño.

—En mi pueblo se acostumbra pagar antes—gruñó, aunque sin ser hostil.

—Debemos ser paisanos, porque en el mío pasa igual.

Introdujo la mano en el bolsillo de la americana y sacó los billetes arrebatados al abogado. Lentamente los fué depositando sobre la mesa, a medida que Papinoff los recogía. Mas súbitamente, puso en práctica su plan y confundido con los billetes arrojó el papel suscrito por el jugador. Este le detuvo al simular un movimiento de espanto.

—Un momento. No será nada reservado, ¿eh?

Desdoblólo y su sonrisa pareció petrificarse en los labios. Hizo un ademán a los dos pistoleros que ocupaban el diván, los cuales se le situaron en un parpadear a ambos lados, mientras los jugadores se ponían en pie.

—Levántese. Quiero hablarle.

Notó Templar que los demás se apresuraban a alejarse de él como si estuviera apestado. No obstante, no se dió mucha prisa en obedecer el mandato de Papinoff y el coloso le golpeó en la espalda con algo duro, que sujetaba en el interior del bolsillo derecho de la chaqueta.

—Vamos, levántese—repitió.

Con un suspiro de fatiga, "El Rayo" cedió. En su azarosa existencia había sido innumerables veces protagonista de escenas semejantes a aquella y la poca inventiva de los hombres malos le empezaba a hastiar.

Papinoff, entretanto, despedía a los espectadores de su captura.

—Podría irse, Frank os pagará.

Llevándole delante — Papinoff aun no se había puesto la americana—, le condujeron a otra habitación, en donde los dos pistoleros le cachearon concienzudamente, bajo la vigilancia de Papinoff, descubriendo, lo cual no era ningún mérito, la pistola de Templar.

El más pequeño cortó las co-

reas, sin que él opusiera resistencia. Por lo visto desconocían que la clave principal de sus éxitos eran determinadas sorpresas que guardaba para el acto final, entre las que sobresalía cierto cuchillo enfundado en una minúscula vaina, sujeta a su antebrazo izquierdo.

Una vez estuvo despojado de sus armas aparentes, Papinoff se puso la chaqueta y depositó los billetes en litigio sobre la mesa. Sus dos satélites se retiraron a un rincón de la sala desde donde presenciaron la "entrevista".

Templar necesitaba ganar tiempo para averiguar el rumbo que tomaría el negocio, y en tales casos solía dar escape a una conversación frívola y chispeante como una copa de champán.

—Por lo menos debía darme un recibo.

Su primera gracia no tuvo eco en los pétreos rostros de sus enemigos. Papinoff se le aproximó tanto que olió su aliento cargado de efluvios de alcohol.

—¿De dónde sacó este dinero?

—Esa pregunta demuestra su falta de gusto—fué la singular respuesta—. Si hubiésemos de preguntarle a todo el mundo de dónde saca su dinero y tuviese que decir la verdad, muchos preferirían esconderse en una cueva.

La agilidad de su lengua admiró al pistolero de pequeña estatura.

—Mira qué bien habla.

Pero Papinoff estaba demasiado obcecado por la curiosidad y la pasión para compartir su criterio. Interrumpió, pues, la corta reverencia de "El Rayo" y ordenó huracán al pistolero:

—Calla, Hymie. —Cogió a Templar por las solapas—: ¿De dónde sacó este dinero?

Templar era incorregible. Sabía que Papinoff le golpearía, pero no se arredró; deseaba demostrar su superioridad en todos los momentos.

—Lo estaban repartiendo en la esquina. La gente es muy rica en este país y no sabe qué hacer con él.

La ancha mano de Papinoff le cruzó la cara con fuerza. Los ojos de Templar destellaron diamantinos y por un momento pareció perder su buen humor, advirtiendo con una sequedad que, en su situación, contrastaba enormemente:

—Acostúmbrese a no usar las manos. Así no llegaremos a ser amigos.

La sorpresa de Papinoff creció, puesto que estaba acostumbrado a que sus víctimas se postrasen a sus pies, implorando desgarradoramente misericordia. Y era posible jurar

que Templar estaba muy lejos de hacerlo.

—¿De dónde sale?

—Es dinero legal. Usted mismo lo dió esta tarde. ¿O es que ya desconfía usted hasta de sí mismo?

Papinoff intentó repetir la bofetada. "El Rayo" apretó los dientes, sus labios formaron una línea agresiva y sus pupilas se redujeron a dos puntitos de peligrosa firmeza. El bandido optó por bajar la mano.

—¿Cómo?

Hymie se encaró con su compañero, falto de aliento. La frivolidad de Templar y la temeridad con que jugaba con la muerte, engendraron en él la admiración.

—Valiente tipo; no está asustado.

La inmensa vanidad de Templar se sació al encontrar a alguien que comprendiese su humorismo, con el que ejercía una fascinación semejante a la de la serpiente sobre ingenuos pajarillos. Cada minuto que pasaba le hacía más dueño de sí mismo. Su sangre fría podía competir en gelidez con el aire líquido.

—Creo que por una vez en tu vida, Hymie, tienes razón. Disfruta de este instante. No vivirás otro igual.

El asombro de Hymie no se re-

fería a nadie. Constatava un hecho, eso era todo, con los ojos fijos en aquel "caso clínico".

—¿Qué manera de expresarse! ¡Nunca oí hablar así!... Me impresionan.

Durante este tiroteo de palabras, Papinoff se sentó en la mesa y marcó un número en el teléfono. Poco más tarde hablaba con Nather.

—¿Es Nather?... Papinoff. Acaba de llegar un individuo con veinte billetes grandes y cierta notita...— escuchó—: ¡Ah!

Y sin decir más, colgó el aparato, alejándose de la mesa con una agilidad insospechada en un hombre de su volumen. Sus ojos estaban cubiertos por una neblina, que indicaba el cariz de sus intenciones. "El Rayo" se sentó en la mesa y mientras el otro daba suelta a su lengua, recogió los billetes disimuladamente.

—¿Conque es usted "El Rayo"?

—En todos nosotros hay siempre algo de rayo... Algo delicado y sublime... hasta en ti, Hymie.

—¿Y usted mató a Jack Irboll? Templar lanzó un suspiro de pesar y adoptó la más comedida de sus expresiones, encogiendo de hombros al exclamar:

—Quien a hierro mata... Acábalo, Hymie.

—A hierro muere— completó el pistolero—. Eso es de la Biblia.

Papinoff no se movió del lado de los guardaespaldas durante este despliegue de erudición sacra. Por fin, se recobró de su espanto y rugió:

—Puede que usted haya de morir así entonces. Llévala donde Morrie. —Y completó—: Es un sanatorio en las afueras de la ciudad.

Templar se adelantó a sus guardianes en dirección de la puerta, que abrió, asegurando filosóficamente:

—¿Un sanatorio? ¡Vaya!... Hay que reconocer que el dinero no lo es todo.

—Vamos—ordenó Red.

Pasada media hora logró comprobar "El Rayo" que la opinión de Papinoff sobre lo que era un sanatorio era verdaderamente deplorable. Lo único nuevo que al parecer tenía la casa era el muro, alto y formidable, que la rodeaba. Claro que esta impresión podía ser equivocada, ya que los sentidos de un hombre suelen errar cuando va en un automóvil, conducido por un individuo que se hace para sí mismo leyes nuevas sobre la velocidad del tráfico.

La puerta sucia y maltratada ante la que le obligaron a descender, reforzó su impresión primera. Red,

a quien las cuestiones estéticas no preocupaban tanto, golpeó tres veces sucesivas en el cristal, dejando un intervalo entre cada una de ellas.

Se encendió una luz y un hombre vestido de oscuro corrió el cerrojo, haciéndose a un lado para que pudieran pasar. Templar se percató de una escalera en ángulo recto que llevaba a las habitaciones superiores. Y mientras Red hablaba, tomó buena nota de la topografía del lugar.

—¿Dónde está Morrie? — dijo Red.

—Arriba — indicó el que había abierto, con un pulgar sacio de nicotina.

Subieron la escalera llevando a Templar en medio de ellos dos. Como siempre que se acercaba a la crisis de una situación, su lengua no daba punto de reposo.

—Es un sitio agradable. Supongo que habrá fantasmas que arrastrarán cadenas y todo... ¿Crees en los fantasmas, Hymie?

—Silencio—gruñó Red.

Habían llegado al primer piso, sumido en la penumbra. Un hombre, apoyado en la jamba de una puerta, les vio pasar sin moverse ni decir nada. De la habitación que custodiaba salía el llanto de un niño.

Templar hacía caso omiso de la

orden de Red y seguía parlotando:

—Yo estaba muy familiarizado con los fantasmas cuando era pequeño. Y no me molestaban. Era muy valiente para mi edad y... jamás lloraba de chico.

—No nos interesa.

De esta manera logró su propósito de contar sin ser notado las puertas que separaban la habitación de Morrie de la alcoba en donde lloraba la criatura.

Red renovó los golpes pausados y les franqueó la entrada un pistolero que comía una manzana.

La habitación contrastaba por lo confortable con el resto del amueblado del edificio. Pero ésta fué una vaga impresión de Templar, como la de que Red e Hymie se sentaban junto al de la manzana, dispuestos a vigilarle, pues había algo que por un momento precipitó los latidos de su corazón...

Había una mujer bellísima apoyada en la pared.

Se serenó y avanzó hacia Morrie que hacía un solitario sobre una mesita. Estudió a la mujer y comprobó que no se había equivocado. Era morena y tenía los ojos claros. Ella recibió su mirada con la impasibilidad de una esfinge, enviando rítmicamente nubes de humo al techo.

Templar no podía resistir una cosa: el silencio. En vista, pues, de que los minutos pasaban en una mudéz absoluta, se decidió a romper el hielo:

—Me han invitado.

—Quería verte la cara.

La ojeada que le envió no justificó la ansiedad de sus deseos, ya que inmediatamente volvió a las cartas.

—Yo también quería conocerte, Yule. Y he de reconocer que no eres muy guapo.

Las manos de Morrie no temblaron al devolver burla por burla:

—En cambio, tú eres un niño bonito, "Rayo".

Hubo otra passa, dedicada por Morrie a buscar el lugar de un naipe que tenía en la mano. Templar demostró que era tan buen jugador como él adivinando su sitio, que indicó golpeando con rudeza la mesa.

—El nueve negro, Yule.

Este, por fin, abandonó un segundo las cartas y le contempló de hito en hito.

—Te voy a encerrar en sitio seguro, Templar.

—Lo mismo que has hecho con Viola Throckmorton.

Sabía que aquello era comparable a firmar la sentencia de muerte, pero a él le gustaba jugar con cartuchos de dinamita encendidos, ti-

rarlos al aire, volverlos a recoger y... escapar oportunamente, sano y salvo.

Yule mordió las palabras al preguntarle:

—¿También sabes eso?

—Sé que la secuestraste y que la tienes encerrada ahí abajo.

—Eres muy listo... Templar.

—Aunque sea vanidad por mi parte te diré que sí.

Se había dado cuenta de que los nervios de Morrie eran como los suyos, y que el bandido esperaba verle en un momento de debilidad. Pero Templar no le haría su juego. Lograría irritarle y entonces vencería. Además estaba allí aquella muchacha que le intrigaba con su impasibilidad y su belleza como jamás mujer alguna lo lograra.

En vista, pues, de que el silencio persistía, se apartó de la mesa y se acercó a ella decidido a deslumbrarla con su radiante sonrisa. La joven no dió muestras de advertir su movimiento.

—Su amigo habla demasiado. Charlaré con usted.

—Yo prefiero escuchar. Es mejor.

—Muy bien. Entonces podremos salir juntos cualquier día. Quizás al zoológico, a la hora de la comida, o alguna noche. Nos divertiremos.

—Y ahora la cita—suspiró Hy-mie—. ¿Has visto un tipo igual?

La muchacha pareció perder el interés por su persona. Yule, irritado por su frescura, se levantó y avanzó hacia él, posando sus manos sobre sus hombros. Los dos hombres se desafiaron con la mirada unos segundos, tensos, grávidos, lacerantes.

Morrie dijo por último:

—Yo no haría planes para el futuro si estuviera en tu lugar, Templar.

—Tú no eres como yo. Tú eres un insensato. No te parece bastante desgracia para una niña llamarse Viola Throckmorton para que encima la rapten...

Le interrumpió una cristalina carcajada, que provenía de la joven, a quien saludó versallescamente. No obstante, sus ojos no se alejaron de los bandidos.

—Gracias, no es muy gracioso; pero no es tan malo como para no reírse—afirmó.

Mientras tanto, había logrado ponerse de espaldas a la pared, de manera que tenía enfrente a todos sus contrincantes. Metió los dedos en su manga izquierda y no le costó mucho trabajo desenfundar su cuchillo sin que lo advirtieran. Ya lo tenía empuñado cuando Yule dió

unos pasos en su dirección, replicando:

—No has venido para divertirme.

—No. Vine para acabar contigo, Morrie. Mis amigos me llaman "El Rayo" — recalcó pausadamente—. Amigos como Jack Irboll que no quieren saber leer.

—¡Basta ya!— aulló Yule.

La fanfarronería, la charlatanería de su prisionero habían vencido el dominio de su pasión. De pronto se precipitó sobre Templar, pero como éste esperaba la acometida, la esquivó, le retorció un brazo y clavó su puñal certeramente.

El alarido de dolor y de muerte de Yule puso en conmoción a los tres pistoleros. Mas "El Rayo" se les anticipó. Derribó la lámpara de un manotazo y, al quedar la habitación a oscuras, burló a Red y a Hymie. Un tremendo gancho a la mandíbula del de la manzana hizo caer a éste como si hubiera recibido un hachazo.

La oscuridad de la habitación fue rasgada por la luz del pasillo. Red e Hymie corrieron hacia las escaleras, mientras Templar salía de detrás de la puerta y saltaba a la ventana. Una mano le tocó, ofreciéndole una pistola. Era la muchacha que le ayudaba inesperadamente.

Y saltó al vacío.

Ciertamente, lo que hizo fue apresar con sus dedos de hierro el alero del tejado y por medio de una atlética contracción, aprovechando el impulso del salto, su cuerpo describió una curva en torno de su saidero y quedó quieto en el tejado.

Descansó un momento, recobrando la respiración perdida durante la pelea y el ejercicio siguiente, pero más aun al distinguir, destacándose en la negrura del jardín, a varios hombres corriendo.

—Debió saltar— opinó Red.

—Oye, Mike, ¿le cogieron ya?

—Le buscan por el camino— anunció el aludido—. Vamos.

El ruido de su carrera se perdió entre los árboles. Entonces, Templar se deslizó a rastras y cabeza abajo por el tejado, sin soltar el alero. Cuando consideró que estaba a la altura de la ventana de la habitación en donde estaba encerrada la niña, se dejó caer. No obstante, tuvo que correrse hacia la derecha a pura fuerza de brazos, porque había tomado mal las medidas.

Balancó su cuerpo y se lanzó contra la ventana, que se hizo astillas con gran estrépito de cristales y de maderas que se parten. Viola escapó hacia un rincón, en donde

prosiguió sollozando. Templar la tomó en brazos y la tranquilizó:

—No te asustes, Viola. Te llevo a tu casa.

Pero cuando puso la mano en la cerradura, alguien subía por la escalera. Sacó el revólver y corrió el seguro, pegándose a la pared. Un pistolero abrió la puerta de golpe y disparó sobre ellos. Pero se había precipitado y el seco eco que tuvo en el arma de Templar le hizo rodar como un muñeco de trapo.

Como si llevara una pluma, bajó los peldaños de cuatro en cuatro. Ya estaba en el vestibulo. Una silueta se dibujó en el cristal de la entrada y se hizo a un lado. Al adentrarse el pistolero, le echó la

zancadilla y aprovechó su aturdimiento para volar al coche que le había llevado allí y ponerlo en marcha.

Red e Hymie concluían su ronda ante la puerta del muro. Oyeron a un auto que se les acercaba, sonó el claxon a tiempo de que se lanzaran a los lados del camino para no ser atropellados. Enarbolaron las armas, pero era inútil.

—¡Es él!—rugió Red.

Su compinche sacudió la cabeza atontado.

—¡Es un genio! ¡Un genio!

—¿Eh?—farfulló Red.

Porque empezaba a comprender que Hymie era el único que había visto claro en el asunto.



*—Puede haber una revolución de un momento a otro—
suslayó "El Rayo".*



—Sí, pero tenga cuidado—suplicó Valcross.



—Se le habrán olvidado las leyes, señor Nather...



Con un suspiro de fatiga, "El Rayo" cedió.



El más pequeño cortó las correas, sin que él se opusiera.



—Es un sitio agradable. Supongo que habrá fantasmas.



—Yo también quería conocerte, Yule.



*Como "El Rayo" esperaba la acometida, la esquivó,
le retorció un brazo y le clavó un puñal.*



—No te asustes, Viola. Te llevo a tu casa.



A una indicación de Red, que como Hyms le cubría con la pistola, entró en la maleza.



Hymie lanzó una exclamación de aviso, mientras "El Rayo" le obligaba a soltar la pistola.



—Se de un sitio magnífico en Vermont...



Se encogió, doblado por el dolor del hombro herido.



— Ha pasado una noche inquieta?



Fay vaciló, apretándose el cuerpo con las manos.



*Luego se estrecharon fuertemente las manos
y Templar subió la escalerilla.*

CAPITULO IV

LOS AMIGOS QUE SE VAN

Valcross y Templar comieron al día siguiente en el departamento del último. Los periódicos ponían en las nubes las postreras hazañas de "El Rayo", el cual estudiaba sonriente la cara del comisionado, que pasaba del asombro a la consternación y de la consternación a la maravilla... cuando le miraba.

Templar soportó con bastante entereza, dado su carácter, la admiración de su amigo y llegados los postres sacó la lista que le fué entregada en Río Grande y dos tachaduras más substituyeron los nombres que la formaban.

—No ha estado mal el trabajito, ¿eh?—preguntó.

—En las últimas veinticuatro horas los periódicos sólo hablan de usted.

—Y me tratan bien. Soy un héroe tal que no me reconozco.

Valcross meneó la cabeza con tristado, aun cuando únicamente al

parecer, porque en realidad su expresión era afable.

—Es lástima tener que emplear la violencia. Claro que con tales individuos supongo que no hay más remedio.

—Tumbar a tres de los seis no es un mal resultado, ¿verdad? Claro que tuve suerte.

—¡Es usted muy modesto!

Templar se apartó de la mesa con un suspiro, recogiendo su sombrero.

—Suerte... A Sodler le tiré mal, pero tan a quemarropa que ni siquiera sabía quién era hasta que lo leí.

Mientras se arreglaba la corbata y se daba los últimos toques a la indumentaria, los ojos de Valcross se posaron en los periódicos. Luego, tomando una determinación, los levantó, clavándolos en "El Rayo".

—Dígame... el jefe, ¿no estaba en nuestra lista?

—Ahora está. Y quizá incluya a una chica llamada Fay Edwards.

—¿Una mujer en todo esto?

Templar no le oyó durante unos momentos. Se sumió en una abstracción que denotaba diáfananente la impresión producida en él la noche anterior por la joven, no sólo a causa de su providencial ayuda, que esto era lo de menos para un hombre de su calibre, sino por el sutil e impenetrable misterio que la abarcaba.

—Muy extraña. Tiene pelo negro y los ojos verdes... verdes — murmuró.

Valcross, que por una oscura razón había supuesto que "El Rayo" era impermeable a sentimientos de aquel género, se le acercó y le amonestó:

—Cuidado, muchacho. Las mujeres no traen suerte a los hombres de acción.

Pero ya Templar era el de siempre, optimista, audaz, descuidado. Denegó la preocupación con una sacudida de hombros.

—Eso es una superstición. Usted es muy supersticioso. Yo lo que quiero ver es lo que a ella le atrae en esto.

—Prométame que tendrá mucho cuidado — insistió, sin embargo, Valcross—. No nos agradecería perderle a usted ahora.

—No se preocupe. Voy a pasar la tarde entre las criaturas que son más felices en la tierra. Si alguien llama... que me he ido al Zoológico.

No podía barrantar Valcross que acudía a una cita. El mismo Templar iba a ella con una vaga esperanza, que se fué disipando, así que estuvo en el Parque, a medida que pasaba el tiempo. Cuando llegó ante la jaula de los monos regaló a los animalillos con los cacahuets comprados, pasando por alto la advertencia de que estaba prohibido dar de comer a los animales.

Un simpático mono chillaba de ansiedad. Le envió un cacahuate, pero una mano frenó su ademán de arrojarle otro. Era un guardián, que le señaló el cartel. Pero así que se hubo apartado unos metros de él, repitió el gesto y fué sorprendido. Se comió él la golosina, explicando al defraudado simio:

—Lo siento, muchacho. La Ley es la Ley.

Fay Edwards estaba parada en una esquina de las jaulas; rápidamente se dirigió hacia ella, que no se movió ni dió muestras de reconocerle.

—¡Hola!—dijo Templar.

—Son interesantes, ¿verdad?—preguntó ella por todo saludo.

Se refería a las monas que se columpiaban y saltaban como endo-

moníadas. Los ojos de Templar fueron de los animales a ella, antes de responder. Resultaba irreal en el Parque, lleno de gente vulgar, como si la vida estuviera mintiendo lo que pesaba sobre ellos. Aquella muchacha apacible y silenciosa...

—Yo siempre he admirado y estudiado los monos—aseguró locuaz. —Me recuerdan a un tío... por parte de padre.

El chiste no la conmovió y apartóse de la jaula de los monos, echando a andar hacia otras. Templar la siguió, sacando un cigarrillo de la pitillera.

—Atrás el Zoo. Sobre todo los tigres. Los tigres me encantan — anunció *

En efecto, el gusto estaba justificado por algo felino de su personalidad. Templar no quiso dar importancia a la comparación que se le ofrecía, y apuntó:

—¿Vamos a verlos?—y encendió el cigarrillo, tras de lo cual dijo—: Yo he cazado tigres.

—Es divertido.

—Es más divertido cazar hombres.

Habían llegado a la jaula de los tigres y uno de ellos enarcaba su vigoroso lomo, como adivinando la admiración de Fay.

—Es maravilloso, ¿verdad?

—Sí—convino Templar sin mirar

a la fiera— Es usted muy extraña.

—Sí.

—Gracias por haberme dado el revólver. Vino a tiempo.

—No tiene importancia.

—¿Por qué lo hizo?

Fay plegó sus labios en una sonrisa rara y dijo sencillamente:

—Yo no tengo idea de la lealtad. Ayudo a los que ganan mi simpatía... de momento.

—Usted y yo pensamos igual. Por eso me agrada.

La forma en que aceptó su confesión le animó a decirse que era la compañera ideal para su azarosa existencia. Contestó:

—Y usted a mí—y se encaró con él con más calor—: Puede que algún día le sea útil de verdad. Puede que algún día me enamore también de usted... ¡Quién sabe!

La mano de Templar se cerró como una tenaza sobre la barandilla, cuando iba a apoderarse de la suya. La franqueza de la muchacha y su sorprendente carácter, le hicieron pronunciar lo único posible en aquel caso.

—Quiero conocerla mejor.

—Yo no quiero que me conozca mejor... todavía.

—¿Cuándo?—le apremió.

Ella se enderezó dispuesta a marcharse y "El Rayo", a pesar de ser

un hombre que sabía saciar todos sus deseos expresados, no se opuso y esperó pacientemente la contestación. Pero ésta no llegó sino muy nebulosa.

—Ya nos veremos. ¡Adiós!... Y no me siga.

—Es encantadora—dijo, mientras se alejaba.

Pero inesperadamente tornó hacia él con un gracioso andar.

—A propósito, ¿quién es el próximo?

Templar sacó su lista y leyó el nombre que seguía a las tachaduras:

—El próximo es Butch Rellin.

Y sin más se separaron.

En "El Club de Plata", Hutch Rellin, individuo semejante a un almacenista retirado, leyó para Red, Hymie, Papinoff y otro sujeto, la nota que este último le había entregado, firmada con el incomprendible dibujillo que simbolizaba "El Rayo". Y hay que confesar que la noticia no le conmovió; permaneció sentado sobre la mesa y saboreando la cerveza que tenía en la mano.

—"El próximo es Hutch Rellin". De modo que ahora soy yo, ¿eh? Bien. ¿De dónde sacaste esto?

—Sonó el timbre y cuando abrí la puerta estaba en el llamador.

Rellin apuró la cerveza y depositó el vaso y el papel sobre la mesa, chupando desconcertado la col-

la de su puro. Hymie todavía no había salido de su asombro de la noche anterior, y se encaró con su compañero Red.

—Hasta deja su tarjeta... Es maravilloso.

Su compañero se volvió hacia Rellin, que proseguía pensativo, e intentó animarle:

—No te preocupes, Hutch. Nosotros no le dejaremos acercarse a ti.

—Muy bien; ahora estoy más tranquilo — respondió con sorna—. No le dejasteis acercarse a Morrie, ni a Eddie Sodler, ¿verdad?

—A veces se equivoca uno — se excusó Red, de mala gana.

Rellin llenó de nuevo el vaso de

cerveza, respiró con dificultad, pasándose el pañuelo por su frente sudorosa.

—Morrie era un buen chico. Es lástima lo de Morrie... y ya no está... Claro, una equivocación—y ordenó, después, al empleado—: Ven acá, Phil. Tú dejaste entrar aquí anoche a "El Rayo", ¿verdad?

Phil se le puso delante temblando como una hoja, sacudido por su untuoso acento. Extendió las manos como para rechazar lo que su imaginación pintaba y repuso tartamudeando:

—Verás lo que pasó...

—¿No recuerdas que te dijimos que no dejaras entrar aquí nunca a ningún desconocido? — preguntó, despreciando sus gemidos.

—Pero es que me dijo...

—Se ve que te paga bien "El Rayo", ¿verdad, Phil?

El miedo del empleado se convirtió en pánico. Los ojos de Rellin brillaban malignos sobre las agudas guías de su bigote y su sed crecía en proporción a su pesar, sobre todo al presenciar la apurada respuesta de Phil, que había adivinado su muerte futura.

—No puedes decir eso... No me da nada. Jamás le había visto antes de ahora. De verdad, Hutch, tienes que creermelo.

Pero su apasionada súplica fue

cortada por la cerveza que Rellin le arrojó contra la cara, antes de ordenarle:

—Tú eras un buen chico, Phil... Anda, espera ahí fuera, ya te llamaré.

Aunque Phil no se distinguía por su erudición, el tiempo de verbo empleado por Rellin fue perfectamente apresado por su supersensibilizado oído y obedeció, escapando entre sollozos.

Rellin cayó otra vez en sus sombríos pensamientos al cerrarse la puerta y exclamó:

—Es posible que perdamos a Phil.

Se secó unas lágrimas. Papinoff, que se sentía culpable de todo, decidió intervenir a favor del condenado a muerte. Estaba sentado detrás de Rellin con los pies puestos sobre el escritorio y su colega no se volvió al oírle hablar.

—No seas muy duro con él, Rellin. Cualquiera puede equivocarse.

—Tienes mucha razón, Papinoff. Cualquiera puede equivocarse... incluso tú.

—Yo no hablaba por mí.

—Ni yo me había fijado en ti, Pappy, hasta que hablaste.

—Olvidalo.

Pero las frases de Rellin le hicieron abandonar su cómodo asiento para ponerse delante de él. Hay

momentos en que el humorismo es falaz y Pappy sabía el ascendiente que Rellin tenía sobre todos. Y desde entonces no pudo estar quieto.

—Sí, Pappy, tú también cometiste un error enviando a ese Rayo a presencia de Morrie... con un cuchillo en el bolsillo.

—No bromees con esas cosas, Hutch. Le registramos bien, te lo aseguro. Pregúntaselo a Hymie.

Rellin miró con tristeza su vaso vacío y bebió directamente de la botella, sin recurrir al testigo mencionado por Papinoff. Los otros dos pistoleros esperaban la sentencia.

—Sí. No le dejasteis más que un cuchillo y un revólver; menos mal que no le pusisteis bombas de mano en los bolsillos de la americana. Eso hay que reconocérselo. Es muy gracioso, ¿verdad, muchachos?— exclamó riendo.

Ninguno de los dos le acompañó en su hilaridad, puesto que adivinaban la furia de su principal. Únicamente Hymie, imposible, convino en que tenía gracia. La falta de alegría de Papinoff pareció contristarle.

—¿Por qué no te ríes, Pappy?

Este hizo un esfuerzo y produjo unos sonidos desagradables que sólo con mucha fantasía se podían identificar con la risa.

—Ya me río. ¿No lo ves?

—Tienes un diente roto. Lástima que no te quede tiempo para arreglártelo.

—Sí que me queda.

Inmediatamente se percató de cuál era la intención que había movido a Rellin a hacer tal afirmación y retrocedió, apartándose de él como de una serpiente, con la sonrisa anterior estereotipada en los labios. Rellin, disgustado por su falta de comprensión, que tardíamente reconocía, tomó sobre sí la tarea de borrar su optimismo.

—Me parece que no. ¿Cuánto te ha pagado "El Rayo" por ese arsenal? ¿Por qué le enviaste tú a que matase a Morrie?

—¿Yo, Hutch?... No digas eso... Morrie era mi amigo.

—Eso es... Y tú eras mi amigo. Tú eras un buen muchacho, Pappy. Anda, espera ahí fuera. Ya nos veremos luego.

La experiencia, esa gran consejera, condujo a Papinoff hacia la salida sin dar la espalda a los tres hombres. Con la misma precaución abrió la puerta y protestó:

—Sí, sí, Hutch. Lo que tú digas. Iré ahí fuera... y me entretendré. Creo que esta noche... tendré suerte en el juego.

Una vez estuvieron solos, Rellin, que no era muy original en la in-

vención de oraciones fúnebres, murmuró desesperado:

—Puede que perdamos a Pappy... Mis mejores amigos se van como... como...

En vista de que no encontraba la imagen adecuada para retratar la fluidez de sus pérdidas, Hymie, que se picaba de literato, le auxilió:

—¿Como el agua?

Mas Rellin odiaba cordialmente al líquido elemento y rechazó la ayuda con imperio:

—Como la cerveza, está mejor dicho.

Pero la botella estaba vacía.

Papinoff estaba en la sala de juego manipulando un tragaperras, empeñado en probar que la suerte había desertado de su lado. Sin embargo, no le molestaba haber errado en sus vaticinios, puesto que su mente quería arrancar la espina que se clavaba en ella, cada vez que pensaba en su desgracia de morir, tan gordo, flamante y con un diente estropeado.

Si tal cosa producía furor a Pappy, muy otra era la reacción de Phil, que con la cabeza entre las manos sollozaba desesperado. Sus lamentables suspiros irritaron a su compañero de infortunio, el cual, despreciando el juego, le sacudió violentamente.

—Calla... ¿quieres?... Calla.

—Si hubiese dicho quién era...— repetía el infeliz—. Si hubiese dicho al menos que era "El Rayo".

No se fijó Papinoff en lo desahogado de sus protestas, puesto que el nombre del aventurero dió alas a su esperanza.

—¡"El Rayo"! — exclamó como una oración.

E inesperadamente sintióse capaz de burlar las órdenes de Rellin. Saltó a la calle y puso el coche blindado del difunto Yule en marcha. Rugió el motor y se lanzó el auto hacia el resto del tráfico. Pero ya transportaba un pasajero más.

Era "El Rayo". Se había convidado a un pasco, abordando al automóvil de un salto.

—¡Hola, Pappy! — saludó con afabilidad.

Su súbita aparición no pareció desconcertar al bandido, que dirigió la mano a la cartera de la portezuela, profiriendo:

—¡"El Rayo"! Le iba a buscar.

La diestra de Templar estaba escondida en su americana, apoyando con harto significado sus palabras.

—Y yo buscaba a Hutch Rellin. Ande, siga usted.

Pappy comprendió que si se movía, Templar acabaría con él de un balazo, por lo que optó poner las manos sobre el volante y proseguir

su infernal carrera hacia un remoto confin de la ciudad.

—Oiga, tiene que escucharme... Quiero ponerme de su parte.

—Eso es bastante difícil. Tendría que haber nacido usted a mi lado.

—No bromeo. Es de verdad... Rellin cree que usted me sobornó y quiere matarme.

—Rellin discurre muy mal.

La conformidad de Templar le dió ánimos suficientes para proponer:

—Quiero que nos alilemos.

Pero "El Rayo" estaba demasiado acostumbrado a la estupidez humana para maravillarse. Contempló-le durante unos segundos y abarcó de golpe todo el partido que podía sacar del deseo de Pappy. Soltó la pistola, empuñada hasta entonces, y se acomodó lo mejor posible en el interior del automóvil.

—Después de su acogida de la otra noche estoy dispuesto a que tratemos.

Papinoff no se detuvo a pensar si la contestación del joven era burla o no, y se cogió a ella de la misma suerte que se hubiera asido de un clavo ardiendo con tal de frustrar los planes de Rellin.

—Usted puede hacer conmigo lo que quiera, pero escúcheme.

—Hable de prisa, Pappy, y sea elocuente—le animó Templar.

—Yo no sé quiénes son los suyos ni por qué hace esto, pero anda tras de Hutch Rellin y puedo ayudarle. Le daré las garantías que quiera y... veinticinco billetes además.

Templar abrió las manos como testimonio de su desilusión ante la deslealtad de los hombres, mientras afirmaba espartanamente:

—El honrado Papinoff... fiel a sus jefes.

—Se lo diré todo, de verdad—gritó Pappy, equivocando el sentido de su exclamación.

Por consiguiente, Templar hizo la única pregunta adecuada a su afán de congraciarse:

—¿Quién es el jefe?

Papinoff palideció. Era la única pregunta a la que no podía contestar.

—¿El jefe?... Eso no puedo decirselo.

—Si no puede contestar a eso, es inútil seguir.

Templar regresó a su posición primera, apretando el mango de su pistola con fuerza y decisión que desbordaron las exclamaciones nauseabundas de Papinoff, quien había averiguado que se había metido en un mal paso para escapar de otro.

—Si yo supiese quién es el jefe se lo diría. Nadie lo sabe. Ni

Hutch, ni Morrie, ni nadie. Sólo una persona sabe el número de su teléfono.

—¿Quién?—apremió "El Rayo".

—Se lo diré. Quiero regenerarme y jugar limpio. Es...

Ocurrió entonces lo que Templar había estado sospechando desde que averiguó que un poderoso automóvil les seguía.

Este esquivó los nudos de la circulación y avanzó adecuando su marcha a la del coche conducido por Pappy. Al pronunciar sus interrumpidas palabras, como si las hubieran oído, las caras de Red e Hymie se recortaron en la ventanilla. Si esto era alarmante, aumentaron el pánico y la precaución de ambos las pistolas que relucían siniestramente en sus manos.

"El Rayo" no vaciló ni un segundo. Cuando sonaron las detonaciones del arma de Hymie, ya estaba adosado contra la portezuela y dando gracias a la Providencia por que el automóvil fuese blindado. No así Pappy, que hérido de muerte, cayó de bruces sobre el volante, exhalando un entrecortado gemido.

El automóvil en que iba Templar

describió una horrenda curva, entrando en una calle perpendicular a la que por donde corría. Como ebrio, se fué a incrustar contra la fachada de una casa, zarandeándose unos momentos por el choque, no muy lejano de volcarse, en medio de un espantoso estruendo de metales abollados y de cristales rotos.

Templar, atontado por el golpe, hizo girar con dificultad los retorcidos goznes de la portezuela, pisando la acera y exclamando para su presunto aliado, que yacía inerte:

—Pappy... eres un mal conductor.

Pero Red e Hymie no le permitieron completar sus comentarios sobre el accidente, puesto que corrieron hacia él, antes de que los curiosos se congregaran, y le cogieron cada uno de un brazo. Fué Red quien se encargó de hablar:

—Vamos, vente con nosotros.

Y teniendo en cuenta que Templar era un hombre muy pendenciero, fué notable la presteza y la mansedumbre con que obedeció al ruego del coloso. Bien que estaba acentuado por un "nueve largo".

CAPITULO V

LA LUCHA SE ACELERA

—El tigre que acecha, feroz, vigilante, la garra dispuesta, el ojo brillante—recitó Templar al adentrarse en el despacho de "El Club de Plata".

—Poesía... ¡Qué carácter más interesante!—aprobó Hymic, soltando su brazo.

De este modo comunicó Templar a sus enemigos que había recobrado el perfecto uso de sus facultades, lo cual le permitía ofrecerles aquel fragmento inédito de literatura. Y aunque estuviera muy satisfecho de ambos extremos, sus ojos no fueron paralelos al ritmo de sus palabras, estudiando el interior del despacho.

La reunión había crecido con la presencia gratisima de Fay, que le devolvió su mirada imperturbable. Rellin saboreaba una nueva cerveza y se puso en pie, indicando a los dos pistoleros que se retirasen a un ángulo de la habitación.

—Soy Rellin, Hutch Rellin.

—Encantado. Le estaba buscando.

Y dando pruebas de que la inconsciencia era un estado permanente en él, avanzó hacia el bandido con una encantadora sonrisa en los labios, sentándose en una esquina de la mesa, cuando Rellin decía tardilmente:

—Síntese... Hemos de conocernos. Somos tan importantes nosotros dos... Gracias por la notita que me envió.

—No tiene importancia, Hutch. La dejó al pasar.

A pesar de su aparente descuido, el cerebro de "El Rayo" trabajaba a una presión de cuatro mil atmósferas, calculando las probabilidades que tenía a su favor de escapar con bien de la emboscada, pues no en balde sabía que un elevado tanto por ciento del porcentaje estaba en contra suya. No obstante, su optimismo no le abandonaba y lanzó sus palabras con el chisporroteo de

S O M B R A S D E N U E V A Y O R K

unos cohetes, preguntándose a qué se debía la presencia de Fay en aquel lugar.

Pero Rellin pronto reclamó toda su atención.

—Ea usted muy agradable y simpático, joven. Debe tener muchos amigos.

—Así es — respondió Templar, enviando una muda alusión a la silenciosa joven.

—Yo también tenía muy buenos amigos... Jake Irboll, Eddie Soder...

—Morrie Yule, Boots Papinoff... —le interrumpió Templar, citando: —¿Dónde están las nieves de ayer? No existen.

Su sangre fría, sus manos extendidas y vacías, el descuido de su apostura sólo tuvieron eco en Hymie. Rellin no estaba dispuesto a perder el tiempo y le agarró por las solapas, gritando:

—Sí. No existen. ¿Quién le ha encargado esto? ¿Quién hay detrás de usted? Los Snowden, ¿eh? Son los de Florida, ¿no? ¡Hable de una vez o si no...!

Templar le apretó las muñecas. Sintiendo el contacto de acero de sus dedos, Rellin se apresuró a soltarle, tornando a su cerveza, mientras él se arreglaba las arrugas con delicadeza, diciendo:

—Me estropeará el mejor traje

que ha hecho mi sastre. Oiga, Rellin, a pesar de su importancia tiene usted los modales de un chimpancé.

A Fay se le escapó una risita e Hymie abrió absorto la boca.

—¡Le ha llamado chimpancé!

Templar siguió su perorata, que los hipotizaba.

—Oiga, en primer lugar jamás ol hablar de los de Florida ni de los Snowden. Nada de eso. En segundo lugar, soy un águila solitaria, como dicen los románticos. Y, tercero, yo siempre suelo conseguir lo que me propongo.

—Bien. ¿Y qué es lo que pensaba usted sacar de todo esto?—inquirió Hutch.

—Hutch, existen ideales que usted no comprende. Una mujer quizá lo entendiera — afirmó, soslayando con la mirada a Fay—. ¿Para qué hablar más?

Rellin se concentró, pero la oratoria luctuosa que sacó de su magín no era nada nueva para aquellas paredes y quizás esto explicara la indiferencia con que sus dos satélites escucharon su discurso.

—No hace falta que me hable. Ya estoy harto de escucharle. Usted era muy buen chico, "Rayo". Juntos podíamos haber hecho muchas cosas. Es mejor que espere ahí fuera ¡Red, Hymie, bien y pronto!...

Sin escándalo. Les espero aquí; vuelvan en seguida. Buenas noches, señor "Rayo"... A dormir bien.

Templar se entregó a los dos pistoleros sin resistencia. ¿Para qué iba a oponerse? Todas sus ventajas habían desaparecido desde el momento en que fué apresado y, como le ocurría a menudo, se hallaba tan tranquilo en el peligro como si estuviera tomando una ducha. Sin embargo, quiso lanzar una pulla final, pulla de doble filo, puesto que requería el socorro de Fay.

—Hutch, en su próxima vida será un orangután, un ser pesado y melancólico, y los enamorados al pasar por el Zoo dirán: "¿Te acuerdas de Hutch Relli? Murió poco después que sus amigos".

Sus dos acompañantes le introdujeron en un coche. Red se quedó custodiándole, con la pistola a punto, cuando Hymie fué a arreglar un faro que estaba apagado. Red estudió curioso el rostro de Templar, que giraba ante él persiguiendo la silueta de Fay hasta que se confundió con la multitud.

—Fíjese usted—recomendó.

—Es bonita, ¿verdad? Es agradable ver andar a una mujer. ¿No se ha fijado usted, Red?

—Ya lo creo que me he fijado. Y bastante.

Volvió a hundirse en el silencio.

Hymie puso el vehículo en marcha anunciando:

—El faro izquierdo está flojo. Hay que darle un golpe para que se encienda.

Templar no quiso quedarse atrás en cuestión de sangre fría y preguntó tan helado como un iceberg en Groenlandia:

—¿Dónde es la fiesta esta noche?

—En Jersey. Creemos que le gustará el sitio—descó Red.

Templar se encogió de hombros.

—Quizá sí. A mí me es igual el sitio ya que en buena compañía.

Cuando el automóvil frenó en las afueras de Jersey, Templar escrutó la oscuridad. Árboles y malezas iluminados por la luna. Estaban a muchas millas de la gente. El lugar estaba bien escogido para las intenciones de los pistoleros.

Red abrió la portezuela y le invitó a bajar, comunicando:

—Última parada.

—¿Es aquí?

—Sí, aquí es.

Descendió Templar y se despejó los entumecidos miembros. A una indicación de Red, que como Hymie le cubría con la pistola, entró en la maleza, mirando con curiosidad a su alrededor.

—¿Qué desilusión!... En otros tiempos hubiese habido aquí mucha gente para no perder detalle.

La voz no le temblaba. Los pistoleros tuvieron el buen gusto de tomar nota de esto. Así entraron en un calvero, en el que se destacaba un árbol solitario. Red se paró, mientras Hymie se sentaba en un tronco caído. Templar esperó órdenes, que no tardaron en llegar.

—Sí, han cambiado las cosas. Actualmente nadie se fija. Creo que aquí estaremos bien. Póngase allá, contra ese árbol. Vamos, Hymie, te toca a ti.

Hymie se levantó de mala gana, en tanto que su compinche le cubría las espaldas. Templar ya estaba apoyado en el árbol y no perdía detalle, pero el milagro de un descuido se negaba a tener lugar.

El pistolero le desabrochó el chaleco y la camisa, tanteándole el pecho.

—El corazón está aquí — avisó "El Rayo".

—Lo sé, pero algunos individuos llevan chalecos blindados — aclaró Hymie.

—Quisiera ser invulnerable— suspiró Templar.

—¿Invulnerable? ¿Qué es eso?

—Ya te lo diré despacio, Hymie.

Y aprovechó el ademán del pistolero, que asombrado había apoyado ambas manos en su pecho, retorciéndole los puños y apretándole

contra su cuerpo con su brazo, semejante a un cinturón de hierro.

Hymie lanzó una exclamación de aviso, mientras "El Rayo" le obligaba a soltar la pistola con una hábil presa. Red no anduvo remiso en hacer frente a aquella contrariedad y atravesó su cuerpo de un balazo, acercándose lentamente a Templar, que, sin soltar el cuerpo inerte de Hymie, se agachaba para recoger la pistola.

Pero si estimaba que estaba cubierto por su escudo humano, se equivocaba. Red disparó de nuevo y certeramente, pues le hirió en el hombro izquierdo. Con todo no le frenó en su progresión hacia la pistola. El bandido cada vez estaba más cerca. Su vida estaba suspendida de un cabello.

—Eso no estuvo bien. Ahora te acalharé a ti. Ya te tengo. Déjalo.

Este postrer mandato correspondió al instante en que los dedos de Templar rozaron el cañón del arma. Red le cubría por entero con la suya y un nuevo balazo le arrebataría la vida, pero una voz rasgó el tétrico silencio:

—Alto, Red. Dice el jefe que esperes un instante.

Templar besó con la imaginación a Fay, pues no era otra quien había hablado. El aludido no volvió la cabeza, aunque soltó el gatillo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¡Deja ese revolver!

—Di al jefe que llegaste demasiado tarde. Ha matado a Hymie.

—Red, óyeme...

—No escucho a nadie—aulló, empujándola—. Voy a ajustarle las cuentas en seguida.

Su índice se cerró sobre el disparador y la detonación explotó pavorosa. El proyectil se perdió, zumbando, en la espesura, pues la muchacha desvió de un tirón la puntería de Red. Y, como un eco, Templar hizo fuego derribando al hércules.

Fay se le acercó, tocándole ligeramente el brazo y él la sonrió con infinito agradecimiento. Pasó junto al cadáver del diminuto pistolero.

—¡Pobre Hymie! No llegó a saber lo que era invulnerable.

De repente se tambaleó y, aunque procuró disimular su momentánea debilidad, la joven había percibido su ademán de llevarse la mano al hombro izquierdo.

—¿Está herido? Deje que lo vea.

El brazo de "El Rayo" caía muerto a lo largo de su cuerpo. Suavemente la rechazó, subiéndose el cuello de la americana y apretándose la herida para contener el hilillo de sangre que manaba de ella.

—No es mucho. Llegó usted un poco tarde.

Descendieron hacia el automóvil despacio, porque, contrariando su voluntad de permanecer firme, la herida lo atormentaba a cada paso que daba. El bello rostro de Fay brillaba pálidamente bajo las estrellas.

—Les seguí en mi coche tan pronto como pude. Esto hay que curarlo. Vámonos de aquí.

—Esta es la segunda vez que me ayuda usted. ¿Por qué?

—Quizás porque odio a aquellos que quieren matarle a usted, quizás porque le quiero y no deseo perderlo aún...

La vaguedad de su contestación le entusiasmó como si tuviera carácter definitivo.

—Es usted una mujer sin igual. No acabo de comprenderla.

Fay se ruborizó por primera vez desde que la conocía. Turbada por el ardor de sus frasca, esquivó su cara de sus ojos y le ofreció el brazo estudiando continuar la conversación.

—No hable ahora. Cójase de mi brazo.

Templar se apoyó en él y ninguno de los dos profirió una palabra más, entregado cada cual a sus pensamientos, que debían ser muy importantes, ya que así se deducía del

poco apresuramiento con que se alejaba de aquel lugar maldito.

Una vez en la morada de Fay, ésta le hizo tenderse en un diván y con rápidas y hábiles manos le curó la herida, yendo silenciosa de un lado a otro de la habitación. Cuando terminó de vendarle el hombro, recogió los medicamentos en una bandeja y le miró de frente.

—¿Por qué vino usted aquí?

—Porque usted me trajo.

Era costumbre de Templar tomar en el sentido literal las preguntas que se le hacían. La joven tuvo un ademán de impaciencia casi imperceptible y corrigió la pregunta.

—No quiero decir aquí a mi casa. Digo a Nueva York.

—¿A Nueva York? Tenía algo que hacer.

Fay anduvo hasta un mueble en donde encerró el material de cura, sacando de paso una botella y dos vasos, que depositó en una mesita cercana a Templar. "El Rayo" la admiraba en silencio y al ponerse junto a él, se incorporó con algún esfuerzo.

—Puede borrar a Jenks. Ese era Red. Vintol estaba en Pittsburg la última vez que supe de él. De modo que sólo quedamos Rellin, el jefe y yo.

Y antes de que Templar respon-

puso uno en la boca, que él aceptó muy agradecido, inhalando una bocanada de humo.

—Junto a su nombre debe haber una interrogación. Dígame, ¿de qué modo conoció usted al jefe?

Ella se sentó en el mismo diván y le miró directamente a los ojos, no titubeando en confesarlo todo. Templar jamás había encontrado a una persona como ella. Carecía de doblez; tal vez por eso resultara tan misteriosa.

—Hace tres años yo estaba muy mal. La ciudad me había vencido... Le encontré. Fué bueno conmigo... Era un fracasado con grandes ideas—vaciló.

—Siga—le animó Templar.

—Tenía talento para el crimen, igual que los músicos para el arte... pero necesitaba darle forma.

Entendió él a qué se refería y enumeró:

—Yule, Irboll, Rellin, Jenks...

Fay inclinó afirmativamente la cabeza.

—El tenía talento, imaginación, pero no sabía dirigir. Necesitaba una voz.

—¿Y usted?

Agitada por los recuerdos, se levantó y se paseó por la habitación.

—Yo fui su voz. El preparaba los planes de los delitos, como los ar-

quitectos dibujan los planos, y por mi mediación los entregaba a...

—Yule, Irboll, Rellin y compañía — interrumpió Templar, abreviando.

—Siete en total. Convinieron en trabajar juntos durante tres años... Yo lo arreglé en nombre del jefe. Todo el dinero se va depositando en una cuenta y al terminar los tres años ha de repartirse en partes iguales.

Reparó Templar en que la muerte de sus colegas debía beneficiar extraordinariamente al jefe, quien le estaría muy agradecido por aumentar de manera insospechada sus tesoros. Aplastó la colilla del cigarrillo y se sentó en el diván.

—¿Y cuándo terminan los tres años?

—Mañana por la mañana—exclamó lentamente—. Ahora, es decir, esta mañana.

Ya había pasado la media noche. Templar intentó en vano atraerla hacia él. En vista de su resistencia en comprenderle, suspiró:

—¿Por qué me dice usted esto?

La explicación fué tan ingenua que casi le desazonó.

—Usted quería saberlo. ¿Le interesa otra cosa?

Había ido a un extremo del lujoso departamento a recoger su abrigo de pieles y su bolso. "El Ra-

yo" se recostó asombrado en el diván y dijo en tono casual:

—¿Quiere decirme quién es el jefe?

La tensión de sus nervios no correspondió a su aclaración.

—Le prometí no decir jamás su nombre, pero puedo señalarlo.

—Tiene usted una ética muy extraña.

—No me he comprometido a no señalarlo.

—Me alegro que piense así.

—No sé por qué. Pero le ruego que no se vaya usted de aquí.

—No.

—Aunque ahora tenga que dejarlo.

Templar permitió que se pusiera el abrigo sin hablar. Luego, fué hasta él y le puso la mano sobre el hombro sano, de manera que no podía ver su rostro, extrañamente encendido por una pasión refrenada. Pero al sentir el contacto, el joven echó la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué?

—Es un instante. Quizás sólo hasta por la mañana. Tengo que recibir un mensaje del jefe. Le veré a las nueve no sé aún dónde—su voz se dulcificó al añadir—: Sé de un sitio magnífico en Vermont... Vermont es maravilloso en primavera. Un sitio tranquilo, delicioso. Podríamos disfrutar del sol.

S O M B R A S D E N U E V A Y O R K

La embozada cita relajó los músculos faciales de Templar, substituyendo su dura firmeza por una suavidad creciente, que culminó al aseverar en el mismo tono que ella:

—Me agradaría ir allí.

—Le llamaré por teléfono y sabrá lo que hago y lo que haré.

Abrió la puerta del departamento, en tanto que "El Rayo" la perseguía con sus ojos, incapaz, pese a anhelarlo con todas las potencias de su alma, de desviarla de los peligrosos parajes por donde surcaba su existencia. La promesa hecha a Valcross y su pacto con el inspector Fernack le dieron el sentido de lo real y así permaneció echado en el diván, sosteniendo una lucha tremenda consigo mismo.

Pronto, acuciado por sus deseos, cambió de planes y apoyándose en su codo derecho, le comunicó:

—Mientras iré a mi hotel. Volveré antes de una hora. Quiero ver si hay algún recado y he de cambiarme...

Instantáneamente, Fay regresó a su lado y le besó en la frente, suspirando:

—No cambies... No cambies nunca.

Dejó a Templar saboreando anticipadamente las dulzuras prometidas por aquel beso.

Pasados unos minutos, Templar tomó una brusca determinación y, poniéndose la americana con dificultad, abandonó asimismo el departamento, apagando las luces tras de sí.

CAPITULO VI

EL PENULTIMO DE LA LISTA

Rellin dormitaba en el despacho de "El Club de Plata" con los pies colocados sobre la mesa y un puro apagado en los labios. Habían pasado varias horas desde que enviara a Templar a la muerte, tantas, que el aburrimiento y el sueño le habían vencido.

El barman, en cuanto el local estuvo desierto de clientes, penetró en el reservado y despertó huraño a su dueño.

—Vamos a cerrar, Hutch, e Hymie y Red no han vuelto aún. Ya te lo dije.

Rellin se sacudió el sopor con dificultad y estiró sus poderosos brazos sobre su cabeza.

—¿Eh?—preguntó, y frunció el ceño—. Me preocupa. ¿Dónde está Fay?

—Se fué a casa al salir los muchachos.

Hutch lanzó su puro contra la pared y anduvo unos momentos por el despacho. Que la situación era

anómala, era cosa indudable. Había de hacer algo. De nuevo estiró su poderosa armazón, ya dueño de todos sus pensamientos.

—Es curioso...—exclamó—. Quédate aquí hasta que yo vuelva. Voy a llegarme a casa de Fay.

Y su acto de coger su sombrero hongo coincidió con la salida de Templar del ascensor del hotel en que se hospedaba. Incluso mostrando señales evidentes de una velada agitada y llevando alzada la solapa izquierda, para disimular el agujero del balazo recibido, no despertó ninguna alarma. Era el de siempre, un poco pálido, pero sereno y dueño de sí mismo.

Y bien necesitó esta serenidad, pues la puerta de su habitación giró sobre los goznes, antes de que hubiera introducido la llave en la cerradura. Dos hombres corpulentos, de expresión cansina y vestidos de oscuro, le aguardaban en su habitación y reconoció a Bonaoci.

Rápidamente se hizo cargo de la situación. Le contrariaba que la policía se inmiscuyera en sus fines, pues aun estando respaldado por el comisario y Fernack, su presencia allí podía significar un retraso en acudir a la cita de Fay y el entorpecimiento de sus planes.

Pero el enorme dominio de sí mismo no le abandonó y entró como si tal cosa.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¿En qué puedo servirles? ¿Es que ha quebrado el hotel y son ustedes acreedores, señor...? — dijo al que desconocía.

Su optimismo no doblegó la gravedad de sus interlocutores. Ocupó un sillón, mientras el preguntado respondía secamente:

—Kertry, de la Jefatura.

—Tuvimos un mensaje diciendo que estaría usted aquí.

¿Quién sería el delator? No se preocupó más, acudiendo a tapar rápidamente la brecha que se abría en el muro.

—Sí... lo envié yo. Quería decirles que ya encontré el jefe sin su ayuda.

Bonacci no acusó su burlón tono y replicó:

—El mensaje que hemos recibido lo envió el propio jefe.

La inquietud de Templar aumentó. El jefe daba muestras de vida,

lo que indicaba que estaba intranquilo. Abrió los brazos y se encogió de hombros. La fatiga le dejaba en paz, cambiando por un estado de alerta.

—Se ve que soy importante. Ya sabía yo que triunfaría.

—No se jacte tanto, Templar— recomendó Bonacci—. Hace días que anda mezclado en varias muertes. ¿Qué sabe usted de ellas?

—Lo que leo en los periódicos.

El enorme puño de Bonacci le agarró por la americana, tropezando con la herida, lo que aumentó su palidez, y lo levantó en vilo como si fuera una paja, disparándolo hacia la mesa que había en el centro de la sala.

—Va usted a hablar por las buenas o por las malas— prometió.

Los dos policías se le acercaron amenazadores. Templar no tuvo que esforzarse en adivinar lo que iba a suceder. Sin embargo, no cedió y su afirmación sonó en el silencio con el chirrido de una lima contra el acero.

—La fuerza bruta, amigo... es el arma de los tontos. Si me lo piden educadamente...

De súbito, la sangre se extendió por sus ojos, interceptándole la visión.

¡Bonacci le acababa de derribar de un puñetazo sobre la mesa! Se

S O M B R A S D E N U E V A Y O R K

encogió, doblado por el dolor del hombro herido, que había chocado violentamente contra la madera. Respiró con dificultad, con unos tremendos deseos de responder golpe por golpe.

—¿Y ahora va a hablar?

—Yo soy muy especial. Elijo a mis confidentes.

El puño de Bonacci se levantó contra él, que lo esperaba impávido. Pero no llegó a descargarlo. El inspector Fernack apareció en el umbral y comprendiéndolo todo por el aspecto de los actores de la escena, sujetó a su subordinado.

—Quieto, Bonacci.

—Gracias, Fernack — exclamó Templar.

Los dos policías miraron a su jefe con cara de pocos amigos, intentando congraciarse con él, a pesar de su manifiesta contrariedad.

—Estábamos interrogándolo.

—Yo le haré hablar — aseguró Fernack.

—Es testarudo, inspector. Quizá nosotros...—dijo Kertry.

—Yo le entiendo.

—Como quisiera, inspector. Ya le hemos avisado. Vamos, Kertry.

Fernack y "El Rayo" se contemplaron en silencio. El agudo inspector no necesitó explicaciones para entender la odisea de su alia-

do, que se iba reponiendo lentamente de su quebranto anterior.

—¿Ha pasado una noche inquieta?

—Eso es—aceptó Templar, y le rogó—: ¿Le molesta que me lave?

—No. Lávese.

—Gracias. Ahí tiene whiskey sobre la mesa y, si quiere soda, en el armario.

El inspector le observó, comprobando que su hombro parecía entumecido y su brazo inútil, al entrar en el lavabo. Mientras "El Rayo" se cambiaba de ropa con una mano y tan hábilmente como si estuviera apto para cualquier clase de ejercicio, el inspector se sirvió generosamente la bebida ofrecida.

En cuanto el vaso estuvo lleno, gritó hacia el lavabo, levantando el vaso:

—Por los amigos que se fueron.

—Amén.

Poco después el policía rompió la pausa empleada por Templar para cambiarse la camisa:

—Oiga, ¿sabe que aquellos veinte mil dólares que... — se interrumpió.

Desde el lavabo le llegó el apoyo para completar crudamente la frase:

—Que le robé al honrado Nather...

—Se los he dado a la viuda de

Jeff Martin. Me lo ha agradecido mucho.

—Poca compensación para lo que ha perdido.

Fernack sonrió en silencio, tragó saliva, estudió meditando las burbujas que la soda producía en su contacto con el licor, y animándose con un nuevo trago reanudó la conversación:

—Templar... Yo ya no soy ningún niño. Siempre he andado entre hombres que hacen leyes, hombres que las infringen y... hombres que intentan hacerlas mantener. A cuantos hombres he visto he podido leerles en los ojos y decir a qué grupo pertenecían... A todos, sí... —chascó los dedos asombrado—, con una sola excepción. Esa es usted. Usted es el único que me tiene confundido. Eso me molesta.

Templar regresó del lavabo a tiempo de observar que lo que decía el policía no era una frívola excusa para truncar el silencio. Fernack estaba verdaderamente contrariado. Se dirigió hacia él con una americana bajo el brazo y la corbata pasada sobre el cuello.

—Algún día, Fernack, podrá mirarme a los ojos y decirme también cómo soy. El por qué será un misterio. Yo mismo no lo sé... —tras de lo cual, indicó la corbata—. No me puedo hacer el lazo.

Su amigo cogió los extremos y preguntó:

—¿Una vuelta o dos?

—Una.

Cuando lo estaba haciendo, Fernack continuó hablando:

—Estos nudos son fáciles. Para los otros lazos he de acudir a mi mujer. No consigo aprenderlos. Debiera usted aprender a hacerlo. Puede serle útil. Después de todo no es muy diferente de los nudos de una horca... —advirtió—. Ya está. Perfecto.

Templar le agradeció el favor y le suplicó que le ayudase a ponerse la americana. Una vez la tuvo vestida, a una indicación suya, tomaron asiento en unos sillones cercanos, y preguntó:

—¿Qué tal el whiskey?

—De primera —aseguró, encendiendo un habano—. Igual que lo que ha hecho usted en estos dos días.

—Muy agradecido.

Fernack arrugó la frente y sacudió el vaso, observando su contenido antes de añadir:

—Claro que ya sabe que yo debería detenerle.

—Eso es terrible —lamentó irónico Templar.

Se rieron a la vez en la mejor situación espiritual. Daba gusto ver cómo se entendían. Fernack cruzó

las piernas y simuló mirar distraído al techo para indagar:

—¿Quién va ahora?

—El jefe—fué la pronta contestación.

—¿Sí? — exclamó, volviendo sus ojos hacia él.

—Confío en atraparle mañana.

—¿Por la mañana?

—Hacia las nueve y cuarto. Ya le están buscando. Quizás en estos momentos tenga yo un aviso.

Como si hubiera leído en su mente que el tiempo urgía, tras de una corta meditación, el inspector Fernack empezó a comportarse de una manera muy extraña en un hombre que debía detener a "El Rayo".

De la pistolera, sacó un revólver y lo depositó sobre la mesita que tenía al lado, colocándolo con una delicadeza, que subrayaba la diplomacia con que hizo una alusión indirecta a Templar. Pues dió una chupada a su puro y anunció, como si monologase:

—Claro que prefiero el jefe a veinte como usted... Y si cogiese usted este revólver y se marchase de esta habitación yo no podría evitarlo, ¿verdad?

Templar no estuvo muy lejos de gritar de júbilo. No sólo el arma le alegraba, ya que carecía de ella, sino la confianza del inspector. Se

echó hacia adelante, muy interesado.

—No.

—"El Rayo" es muy escurridizo. Todos lo saben... y yo quizá haría bien si me retirase a descansar, ¿no le parece?

Templar meneó la cabeza con energía y una sutil sonrisa en los labios.

—No es usted tan tonto.

Fernack fingió no oírle, entregándose a un profundísimo estudio de la ceniza de su cigarro, tras de lo cual sus claras pupilas le ascararon una mirada de aviso, que equivalió a un apretón de manos.

—Vivo en el número 58 de la plaza de Washington. Mañana a las nueve y cuarto estaré en la puerta de mi casa fumándome un cigarro.

—Iré... Y podrá llevarse detenidos al jefe o a mí a la comisaría.

—Muy bien.

Templar se levantó, metióse en el bolsillo el revólver del inspector y le invitó:

—¿Viene conmigo?

—No; si a usted le da igual me quedo aquí, a terminar el cigarro y hasta puede que beba otro poco—advirtió, ya que su vaso estaba vacío.

—¡Adiós!

—Divertirse... y que no le alcan- inspector estaba solo con el puro
cen — pero al pronunciar esto, el y el whiskey.

Hutch Rellin no vió desvanecida su perplejidad al presentarse en casa de Fay. El teléfono seguía silencioso, pues era de esperar que el barman, sabiendo que estaba allí, le avisaría la llegada de sus pistolería. Además, Fay no daba señales de vida.

Sin embargo, habiendo hallado la puerta abierta y la luz apagada, supuso que la muchacha había salido por un momento... Aunque cuando meditó más a fondo sobre esto se le antojó anómalo por demás. La luz apagada entrañaba que tardaría en regresar y la puerta abierta lo contrario.

En fin, se estaba poniendo nervioso. ¡Aquel maldito "Rayo" era capaz de destrozarse el sistema nervioso de no importa cuál persona! Menos mal que había perdido la vida.

En este estado de ánimo, en que fluctuaban sucesivamente las más disparas reacciones, estaba Rellin.

Como otros muchos, mejor, como la inmensa mayoría de los criminales, sólo era valiente a la luz del día y rodeado de un buen puñado de compañeros; en caso contrario, su conciencia le intranquilizaba, haciéndole descubrir tenebrosos fantasmas, en donde únicamente había sombras...

Movióse pesadamente por la habitación y sacó del armario whiskey, que más tarde mezclaba con abundante soda. Su sed inextinguible aumentaba con la fatiga y el sueño que se habían apoderado de él. Únicamente había encendido una lamparilla, situada sobre la mesita cercana al diván, y se tendió en éste con el vaso en la mano.

Un jadeo de alivio agradeció el reposo y miró hacia adelante, perdiéndose en un ensueño, encabritado por numerosos sobresaltos. Y así recobró la sangre fría.

Templar apareció y sus pasos sigilosos apenas fueron audibles. Con

todo, Rellin oyó el roce de sus zapatos y tomándolos, a causa de su levedad, por los de la joven, gruñó, no molestándose en mirar hacia él:

—Es muy tarde esta hora de regresar, Fay. Sobre todo esta noche en que han pasado tantas cosas raras... No me gusta... ¿Dónde está Red? ¿Dónde está Hymic?... ¿Dónde estabas tú cuando el muchacho?...

Y entonces miró hacia el silencioso recién llegado...

Templar, así que Rellin abrió la boca, descubrió que no estaba solo como había pensado. La conocida y lenta voz de Hutch le puso sobre aviso y en un abrir y cerrar de ojos, el revólver del "Rayo" apuntaba al criminal. Al interrumpirse la perorata de éste, le saludó con amabilidad:

—¡Hola, Hutch!

El bandido se movió con una rapidez ridícula en una persona propietaria de tan voluminoso corpachón. La boca del cañón del revólver le sobresaltó y le hizo soltar el vaso. Su rostro se puso verde de miedo. ¿Era una aparición o era una realidad?

—¡"El Rayo"!... ¡No, no!...

Y no se refería al revólver, sino a su fantasía que forjaba aquel espectro risueño, burlón, dominante.

—Sí, Hutch, sí...

¡Era el penúltimo de la lista! Ambos lo sabían, pues no de otro modo podía Rellin interpretar la presencia de "El Rayo". Con las manos a la altura del chaleco, retrocedió aterrorizado, mientras Templar avanzaba en su persecución.

—¡Red!... ¡Hymic!

La risotada alegre y viril de "El Rayo" no disipó su preocupación. Sus palabras cayeron como aceite hirviendo sobre el corazón de Rellin.

—No, Hutch, ahora estás solo... Se han reunido con sus antepasados, si los tienen...

Rellin no dudó de ello. Imperceptiblemente sus manos bajaron en dirección del interior de su americana. Pero el ademán de Templar avanzando su revólver, a pesar de la distancia que les separaba, se le antojó que le golpeaba el estómago.

—Y levanta esas manos un poco más—concluyó "El Rayo".

—Por favor, no, no. Espere... ¡Quiero hablarle de algo!

Como si la pistola le empujara con una invisible prolongación, fué retrocediendo, retrocediendo. Templar ya se apoyaba en el diván. No podía hacer nada para contenerle, sino desperar, y le preocupaba mucho que antes Rellin hablase alto e interesante.

Su cautela aumentaba por segun-

dos y tanto más suave se hacía su voz:

—¿Quieres ponerte de mi parte?

—Sí... usted y yo... podríamos realizar grandes cosas... podríamos trabajar juntos... Cuando se lo diga todo se sorprenderá bastante... Yo le puedo servir a usted de mucho... si quisiera... si quisiera escucharme...

Olvidó sus lamentaciones para obrar con la rapidez de una saeta. Había llegado a la mesita de la lámpara y con el tacón de su bota arrancó el enchufe de la misma, saltando hacia otro lugar.

Su disparo rasgó la oscuridad como un destello, pero Templar había sido tan listo como él. Se dejó caer con la ingravidez de un gato, parapetándose detrás del diván. El proyectil cruzó en vano el espacio; sólo atravesó el vacío dejado por su figura. Rellín se había equivocado. Templar hizo fuego hacia su bulto que se destacaba sobre las cortinas, iluminadas por las luces de la calle.

Y el penúltimo de la lista cayó con una tos mortal.

El aventurero hizo girar el conmutador y la claridad inundó la estancia. No había peligro que nadie

hubiera oído las detonaciones. Escudriñó el cuerpo yacente de su enemigo y Vermont, el delicioso lugar aludido por Fay, se le pareció tan cercano que un himno de amor y de gloria recompensó los trabajos de los dos días anteriores.

Sonó el timbre del teléfono y se apoderó instantáneamente del aparato, oyendo a Fay, que comunicaba con él desde una cabina pública.

—¿Qué?—preguntó.

—Nada aún... Pero sahré algo de un momento a otro. ¿Te alegra el oírme?

—Mucho.

—Bien Ese sitio de Vermont se llama Huntley... Te llamaré cuando sepa algo. Duermes tranquilo. Hasta mañana.

—Dormiré.

Dejó el aparato y arrojó el diván para pasar la noche, colocando unos almohadones bajo el hombro herido.

Momentos más tarde, respiraba como un niño, como si no acabara de realizar una de las mayores aventuras de su vida, si hubiera un cadáver en la misma habitación o el amor no hubiera amanecido por primera vez en su pecho.

CAPITULO VII

EL JEFE Y "EL RAYO"

Un timbre repiqueteaba con insistencia, despertando a Templar para su última hazaña. Se incorporó con dificultad, pues el hombro aun le dolía y estaba tirante como una cuerda de violín, y lanzó una ojeada en torno suyo. La memoria volvió a él, que por un momento había contemplado al relojito de la mesita con el recelo de quien es desvelado por un despertador.

Marcaba las ocho y media, las ocho y media de un día radiante, cuyo sol penetraba a raudales por la ventana, dispersando la tragedia que emanaba el departamento.

El timbre reiteraba su llamada. Era el del teléfono. Se sentó y contestó a la llamada. La voz de Fay, tan pausada como si no hubiera permanecido despierta toda la noche, le saludó.

—¡Hola, buenos días!—respondió "El Rayo".

—¿Has dormido bien?... Me alegro. Son las ocho y media. ¿Puedes

estar en el banco Vandrick a las nueve en punto?

—Delante de la puerta de la calle cuarenta y cuatro, a las nueve—repitió, grabando el aviso en su mente.

—Procura ser exacto... Hasta luego.

—Hasta luego...

Templar contempló el techo, adecuando sus planes a las noticias dadas por Fay. Necesitaba un automóvil para su buen éxito. Un automóvil...

—Aquel chofer, Sebastián, me va a servir mucho—murmuró y marcó un número—. Oiga, quisiera hablar con Sebastián Spike.

El recordete conductor estaba sentado en su taxi, esperando con paciencia a que los clientes se decidieran a solicitar sus servicios. Al ser llamado por un empleado del establecimiento, corrió hacia el mostrador.

—Diga.

—¿Sebastián?... Aquí "El Rayo". Tengo trabajo para ti.

Un estremecimiento de alegría sacudió a Sebastián, que miró cautelosamente en todas las direcciones. Acontecimientos como aquí en la existencia de un hombre sencillo se podían contar con tres dedos.

—Bueno. Me alegro... Sí... ¿Al banco Vandrick?... Oiga, ¿cree que podremos llevárnoslo entre los dos?

—Mi abuelo tomó Sebastopol él solito... —bromeó Templar—. Date prisa...

No hacía falta que le acicateasen. Media hora más tarde, cuando los empleados del banco entraban a raudales en el interior, o sea a las nueve en punto, el taxi de Sebastián se detenía en el lugar convenido. Templar consultó el reloj con aprobación y avisó al chofer, que paraba el motor:

—Ya es la hora. Deja el motor en marcha y quizá haya que ir de prisa.

—Iremos como haga falta. ¿Saldré yo también en los periódicos?

—Si haces lo que te diga...

—Lo haré — interrumpió decidido.

Los minutos de la espera pasaban plúmbeos. Fay no se mostraba por ninguna parte. "El Rayo" se distrajo contemplando el ir y el ve-

nir de la gente. Una silueta familiar le hizo descender del taxi y pronunciar un nombre:

—¡Valcross!

El aludido volvióse hacia él y le tendió la mano con amistoso gesto, aunque no era difícil apreciar que estaba asombrado de la inesperada presentación de Templar. Dejaron el paso libre a los transeúntes, retirándose hacia el automóvil.

—¡Hola! ¿Qué tal? Me alegro de verle... ¿Qué hace usted tan temprano?

—Es largo de contar. Quería haberle visto anoche.

—¿No leyó la nota que le dejé en la mesa?—inquirió el comisionado.

—Las cosas van tan de prisa que no tuve tiempo de leer notas. Sentémonos aquí dentro.

Le invitó a entrar en el taxi. Apenas se hubieron acomodado, Sebastián, cuyos nervios parecían cables de alta tensión, embragó con la rapidez de una exhalación. Riéndose, su héroe le tocó un hombro.

—Aun no, Sebastián, ya te diré cuándo.

El chofer paró el motor resignado a medias a aquella crispante inactividad, mientras que Templar se encaraba con el risueño caballero.

—¿Dónde ha estado usted?—ex-

S O M B R A S D E N U E V A Y O R K

clamó, encendiendo un cigarrillo.

—Fuera de la ciudad, por asuntos de la Cámara de Comercio. Fui y volví en avión.

—Valcross, lo he pasado muy bien. Me han llevado de paseo, atrapé a Hutch Rellin, me han detenido, me he enamorado como un loco de una muchacha encantadora y voy a coger al jefe dentro de unos minutos... ¿Qué le parece?— preguntó cuando hubo tomado aliento.

Pero la espontánea alabanza que esperaba, se convirtió en una arruga que cruzó la frente de Valcross, el cual no disimuló que la telegráfica narración de Templar le había pillado inadvertido.

—A ver... cuéntemelo todo.

Eran precisamente las nueve y cuarto cuando Templar terminó el relato de su agitada estancia neoyorquina.

—El jefe se enteró que le buscaba y avisó a la policía. Y esa chica, que se llama Fay Edwards...

Valcross le interrumpió con su acostumbrado deje paternal al llegar a este punto, colocando una mano sobre el brazo del joven.

—¿Cree usted que puede fiarse de ella?

—Estoy seguro... Me va a indicar quién es el jefe.

Valcross no le oía. Con la bar-

quilla inclinada observaba a la gente. Fay atravesaba entonces la calzada, esquivando a un apresurado vehículo. Meneó melancólicamente el caballero la cabeza, musitando:

—¡Hay que ver!... Una organización tan formidable y una chica que se enamora de un aventurero puede deshacerla toda.

—Aun no lo ha hecho.

Fay pasaba en aquel momento por delante del radiador del auto, deteniéndose a fin de que varios peatones cruzaran la calle. Valcross empujó la portezuela marchándose y Templar le imitó. Los ojos de ambos hombres se encontraron por un segundo.

—Templar... Hasta ahora lo ha venido haciendo muy bien. Procure tener cuidado.

—Lo tendré. Es mejor que se vaya. Le veré en el hotel.

—¡Buena suerte, muchacho!

—¡Gracias!

Templar sostuvo abierta la portezuela, contemplándole por encima de ella con una mezcla de curiosidad y de afecto. Pero Fay corrió hacia él, extendiendo el índice hacia Valcross. E inmediatamente comprendió.

—¡Fay!... ¡El jefe!

Las dos exclamaciones fueron simultáneas y tuvieron el vigor de

un trompetazo, dominando el rugir del tráfico...

Valcross giró sobre sí mismo como si le hubieran tirado hacia atrás y sacó un revólver. El arma escupió fuego, acero y muerte, mucho antes de que "El Rayo" dominara su estupefacción.

Fay vaciló y rodó por el suelo, apretándose el cuerpo con las manos, sobre las que se extendió la sangre.

Todo pasó en un segundo. Templar echó la diestra a la pistolera... Valcross saltó hacia atrás como si hubiera recibido un puñetazo en la mandíbula y se desplomó. Momentos más tarde, el aventurero lo llevaba en brazos arrojándolo sobre las banquetas del taxi.

—¿Está herida? — gimió Sebastián, que no comprendía nada.

Templar recogió a la joven y se sentó en la parte posterior, dando la orden de partir, que Sebastián aprovechó a escape, conduciendo el vehículo entre el tráfico como un endemoniado.

Un policía separó a la gente de la acera y se precipitó hacia Templar, formulando una pregunta:

—¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué es?

Pero únicamente fué escuchada por el aire que arremolinaba la marcha veloz soltada por el pie de Sebastián.

Aun estando habituado a los más duros contratiempos y más severas pruebas, la mortal herida de Fay había secado algo muy esencial en el alma de Templar. Su amor, puesto que la había llevado a la muerte, se le antojaba una locura, mientras la estrechaba entre sus brazos, incapaz de arrebatársela a su fin tantas veces burlado por él.

Con una remota sorpresa en todos sus sentidos, el cuerpo de Fay se estremeció. Le estaba mirando con los ojos desvaldos, en los que únicamente había encendida, como un supremo esfuerzo que los uniría más, la llama del amor eterno.

—¡Simón!...

—Lo siento...—susurró con amargura.

Ella le acarició la barbilla, enviándole una pálida sonrisa.

—No lo sientas... Simón... que no te va bien... Alégrate—jadeó.

Una desesperada, una loca esperanza, le indujo a aproximar sus labios a los de ella, con el vano intento de comunicarle su rebosante vitalidad.

—Te curarás... Iremos en seguida a Vermont.

—No iremos nunca a Vermont...

—No debes hablar así.

—¡Christ!... No te entristezcas. Yo siempre fui una chica rara... de mala suerte.

Su adorable cabeza se apoyó en el hombro de Templar y se durmió con el sueño del que nunca se despierta...

Atontado, Templar miró sin ver las cosas que le rodeaban, manteniéndola apretada contra sí. Valcross se agitó débilmente, levantando los párpados.

—Haga algo... Templar, ¡ayúdeme!... Líeveme a un médico.

—¡Cállese!—ordenó inexorable.

En la plaza de Wáshington, apoyado en la verja de su casa, estaba el inspector Fernack con un habano entre los dientes. Chirriaron los frenos del taxi de Sebastián y el policía anduvo hacia Templar, que descendió del coche en su dirección.

Movió la cabeza "El Rayo", contestando apenas a su saludo. Fernack reparó en su palidez, pero el aventurero no le dió tiempo de preguntarle la causa.

—Ahí dentro encontrará al jefe y... a un testigo.

—Ya sabía yo que lo haría—aseguró el inspector.

La sorpresa que recibió fué la mayor de su vida. Valcross y el

cuerpo de una joven desconocida ocupaban retorcidos el interior del coche.

—¡Valcross!... ¡¡El jefe!!

Sebastián decidió poner los pies en polvorosa, atrayendo la atención del policía sobre su persona.

—¿Quién es éste?—exclamó el inspector, parándole.

—Yo no sé nada — protestó el hombrecillo.

—Quédese, lo necesito... Templar...

"El Rayo" no le respondió. Ya no estaba en la plaza. La contrariedad dominó a Fernack, que recorrió la acera mirando su alrededor. En un árbol relucía algo bajo el sol de la mañana. Pronto reconoció su revólver, que tenía un papel doblado y pasado por el guarda-infante.

—"Digan al comisario que a mí también me engañó—y gritó—: Digan al comisario que también a él le engañó..."

Y dió una tremenda putada, porque había comprendido que Templar y su jefe le habían engañado, de verdad, con la peor jugarreta del mundo.

* * *

—No sé cómo vengo a despedirle después de cómo se han burlado de mí usted y el comisario—repitió por centésima vez Fernack al pisar el aeródromo.

“El Rayo” le había relatado todo lo sucedido, desde el ofrecimiento de Valcross en Río Grande hasta su descubrimiento de los propósitos del traidor comisionado. Este, viendo llegar el final del plazo concertado con los bandidos, planeó la entrada de “El Rayo” en la escena para que, matando a sus compinches, los actores de la misma fueran reducidos a lo mínimo en el momento de rendir cuentas.

Ahora que se marchaba, no deseaba que Fernack le guardara rencor por lo pasado y con su seductora sonrisa, le exigió:

—No se enfade mucho con nosotros, ¿quiere?

—No... —le tranquilizó—. Usted me ha enseñado mucho.

—Usted confió en mí.

Los pasajeros empezaban a montar en el avión y anduvieron hacia él lentamente.

—¡Bah!... Oiga, ¿cuándo nos volveremos a ver?

—No sé... volveré... puede que en primavera. ¿No sabe, Fernack? Vermont en primavera es... agradable.

Tendió su pasaje al empleado encargado de comprobarlos, mientras su amigo le observaba con lástima. Luego se estrecharon fuertemente las manos y Templar subió la escalera. Antes de desaparecer, Fernack le hizo una última pregunta.

—Dígame. ¿Por qué va usted a Río de Janeiro?

S O M B R A S D E N U E V A Y O R K

—Fernack, hay allí un hombre que no me gusta nada.

Dieron la vuelta a los pernos de la portezuela y el inspector se alejó de la trayectoria del avión, mordiéndose pensativo los labios. Giró la hélice y el aeroplano fué remontándose en el espacio, seguido por

los ojos del policía que decía para su capote:

—Me alegro de no ser yo ese hombre de Río.

Luego sacudió su diestra por encima de su cabeza, gritando:

—¡Buena suerte, Rayo!

F I N

Gran éxito:

Cancionero EXITOS DEL DIA

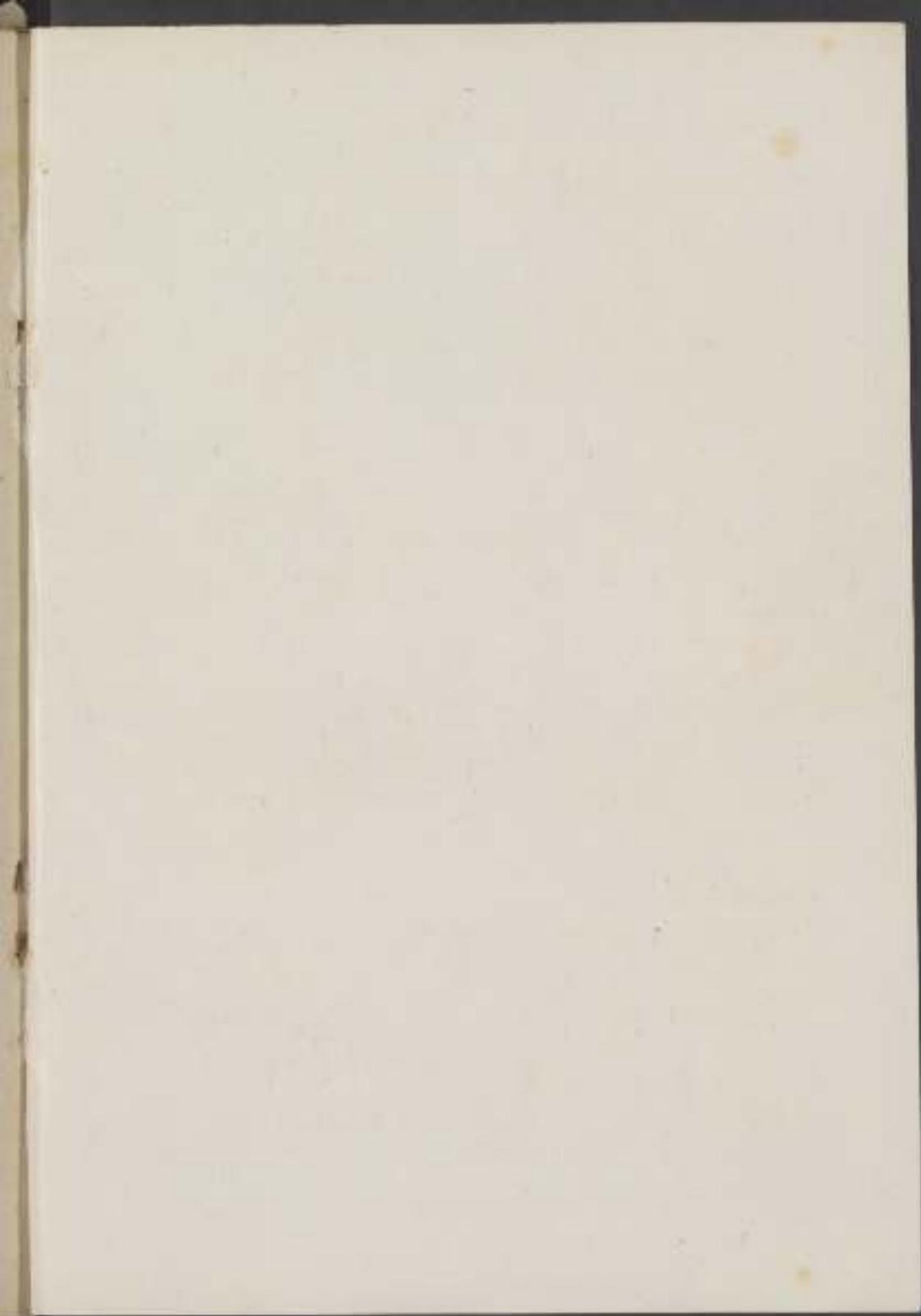
200 Canciones de actualidad

Ptas. 2'50

GUADALCANAL (Película Gráfica)

Ptas. 1

(En breve, en las Ediciones Especiales, a 2'50 Ptas.)



E. B.